



Universidad Autónoma
del Estado de México

El reflejo del alma

LUZ MARÍA MORALES NÁJERA



CONCURSO UNIVERSITARIO
DE LITERATURA



HORACIO ZÚÑIGA ANAYA
NARRATIVA
2022

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DEL ESTADO DE MÉXICO



Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctor en Ciencias Computacionales
José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias de la Educación
Marco Aurelio Cienfuegos Terrón
Secretario de Rectoría

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Lujá
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias del Agua
Francisco Zepeda Mondragón
Secretario de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación
Octavio Crisóforo Bernal Ramos
Secretario de Finanzas

Doctora en Ciencias Económico Administrativas
Eréndira Fierro Moreno
Secretaria de Administración

Doctora en Ciencias Administrativas
María Esther Aurora Contreras Lara Vega
Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho
Luz María Consuelo Jaimes Legorreta
Abogada General

Doctora en Ciencias de la Educación
Yolanda Eugenia Ballesteros Senties
Secretaria Técnica de la Rectoría

Licenciada en Comunicación
Ginarely Valencia Alcántara
Directora General de Comunicación Universitaria

Doctor en Ciencias Sociales
Luis Raúl Ortiz Ramírez
*Director General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales I A*

Doctora en Ciencias de la Educación
Sandra Chávez Marín
*Directora General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales I B*

El reflejo del alma

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

Tercer Concurso Universitario de Literatura

“Horacio Zúñiga Anaya” 2022

Jurado

Heber Quijano, México

Roberto C. Quezada, México

Comité organizador

María de las Mercedes Portilla Luja

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Eder Enríquez Castañeda

El reflejo del alma

Luz María Morales Nájera



Universidad Autónoma del Estado de México

"2023, Conmemoración de los 195 Años de la Fundación del Instituto Literario del Estado de México"

Primera edición, junio 2023

El reflejo del alma

Luz María Morales Nájera

Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro
Toluca, Estado de México
C.P. 50000
Tel: 722 481 1800
<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas
(Reniecyt): 1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons
Atribución No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios
pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están
autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para
fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-609-0

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez
Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras
Corrección de estilo: Ariana Cuadros Pedral
Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis
Diseño y formación: Hugo Tristán Soto Dávila
Diseño de portada: Luis Alberto Maldonado Barraza



CONTENIDO

II PRESENTACIÓN

15 I

19 II

27 III

33 IV

49 V

59 VI

69 VII

83 VIII

93 IX

103 X

117 XI

129 XII

167 XIII

181 XIV

191 XV

PRESENTACIÓN

Bajo un liderazgo consciente de generar proyectos en los que se involucre el talento joven y su difusión hacia la sociedad, nuestra casa de estudios impulsa entre las y los estudiantes la cultura, la ética, la solidaridad, así como el talento artístico.

Con la finalidad de estimular la creación en escritoras y escritores jóvenes auriverdes, del nivel medio superior y superior, la Universidad Autónoma del Estado de México promueve el Concurso Universitario de Literatura “Horacio Zúñiga Anaya”, cuyo objetivo es enaltecer el nombre y la obra de uno de los académicos más admirados del Instituto Científico y Literario; poeta, novelista y crítico, considerado uno de los escritores más destacados del Estado de México.

Este concurso es una forma de recompensar el esfuerzo de quienes se comprometen con la creación literaria, la ampliación de la cultura y la literatura, e incide en el ámbito artístico y social.

En esta ocasión, en la modalidad de narrativa, la galardonada es Luz María Morales Nájera, alumna del Plantel “Lic. Adolfo López Mateos” de la Escuela Preparatoria, por la obra *El reflejo del alma*.

En poesía se reconocen los trabajos *Resplandor en las tinieblas* de Gustavo Marín Flores, de la Facultad de Humanidades; así como el texto lírico *Taciturno* de José Pablo Reyes Montes de Oca, alumno de la Facultad de Química, a quien se le otorgó mención honorífica.

El trabajo que se hace desde nuestra casa verde y oro nos permite considerar a la literatura como espacio de acciones e intervenciones

múltiples. La creación literaria, la lectura o la investigación son ejercicios indispensables, que se sustentan en las necesidades estéticas e intelectuales de la sociedad y, por ello, nuestra Universidad siempre estará orgullosa de respaldar a quienes influyen en el desarrollo individual y colectivo de la comunidad estudiantil.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

Rector

I

Una chica joven caminaba por los pasillos de una biblioteca acomodando en los estantes los correspondientes libros, le agradaba el silencio del lugar y gustaba de limpiar las zonas donde el polvo solía introducirse, salvo por el hecho de que debía de soportar a los niños pequeños en ese lugar. No los odiaba, pero dificultaban su trabajo. Si sus padres pudieran manejarlos mejor o llamarles la atención tampoco se quejaría, después de la entrada de niños, algunos libros tenían las hojas dobladas o las portadas se encontraban pegajosas.

Sí. Definitivamente no.

Los sábados no tenía que trabajar, pero, si no tenía nada que hacer en su casa, le gustaba ir a ayudar. Estaba en compañía de una anciana llamada Andrea, a quien, con el paso de los años

y con su trabajo como asistente en la biblioteca, escuchó que algunas señoras de mediana edad la señalaban como “Any”; así la llamó desde entonces.

Volteó a la entrada principal al escuchar el sonido de un cascabel sonar, acomodó el último libro que tenía en el estante y se encaminó a la chica que se encontraba quieta frente al mostrador vacío, mirando una placa de cristal con las palabras “Biblioteca Park” grabadas.

—Disculpa—preguntó con voz temblorosa la chica de cabello negro con una capucha que la cubría, colocando sus manos en el vidrio—. ¿Tienes un libro llamado *Mirrors of the soul*?

—Eh... déjame revisar esto un momento—pronunció Carla de forma amable mientras tecleaba con rapidez en la vieja computadora, cliqueó un apartado sobre títulos con iniciales con la letra “M”, salieron numerosos resultados y después añadió las demás letras—. Sí, déjame

ir por él. ¿Podrías llenar este formulario para que te lo puedas llevar? —añadió entregándole un papel y una pluma azul, pudo apreciar cómo la chica mostraba una sonrisa de alivio con algo de emoción, pero se seguía mostrando ansiosa, además de que evitaba mirar abajo y parecía sudar un poco.

Llegó a una esquina de la biblioteca donde se mostraban las diferentes etiquetas. Guió una escalera móvil al lugar y subió unos escalones para poder alcanzar el libro; cuando lo tuvo en sus manos, lo observó con curiosidad, era un libro con la portada negra y letras doradas gastadas, tenía una sola imagen y era un espejo en medio de un bosque, lo giró para ver si tenía alguna transcripción de su contenido, pero estaba vacío, ni el seudónimo ni el nombre del autor se encontraban, suponía que a algunas personas no les gusta revelar su identidad y preferían mantenerse en secreto.

—Aquí tienes.— Sonrió Carla entregándoselo. La chica se quedó congelada por unos segundos mirando el libro, pero después dio un asentimiento con la cabeza, susurró un bajo “gracias” y salió rápidamente del lugar abrazando el libro a su pecho.

Carla sonrió alegre y tomó el documento llenado previamente por la chica, lo añadió a una carpeta para posteriormente guardarlo en un cajón.

—¿Qué libro se llevó?

Miró a la anciana que leía un libro en una mesa cerca de ella.

—Al parecer le gustan mucho los espejos. —Bromeó mientras volvía a repasar la lista de los nuevos libros que llegarían la próxima semana.

—Estos chicos de hoy en día... —habló entre dientes, riendo suavemente.

II

Carla caminaba a la escuela dando ligeros saltos en los charcos de agua que se cruzaban por su camino, eran tiempos de lluvia e iba bien abrigada, se le ocurrió llevar ese día uno de sus libros favoritos, era el tiempo perfecto para leer un poco en el recreo.

Entró a la escuela y caminó hasta su salón de clases. Teresa, una de sus amigas, la atrajo por los hombros en un abrazo amistoso.

—¡Carla! Pensé que no llegarías —exclamó Teresa lanzando la mochila de su amiga a su correspondiente lugar, empezaron a hablar sobre sus planes para el fin de semana, pero fueron interrumpidas por el sonido de una puerta abriéndose, ambas prestaron atención al profesor que acababa de entrar saludando a los alumnos y acomodaba su bolsa en el escritorio de enfrente.

—Bueno... alumnos, antes de comenzar mi clase quiero que se repartan estos volantes por favor, es muy importante para todos. —Solicitó de manera calmada el docente.

Al tener el volante en sus manos se dieron cuenta de que era una invitación para ver a la psicóloga de la escuela, en este se encontraba el número celular y el croquis en donde se encontraba dicha consultora. Ambas amigas se miraron extrañamente, pero antes de pronunciar una palabra Carla escuchó su nombre.

—En el recreo... ¿podrías pegar estos en los pasillos y entregárselos a algunos alumnos del plantel? —pidió el profesor colocando los documentos en su pupitre.

—Claro. —Sonrió levemente—. ¿Por qué crees que estén más insistentes que de costumbre con este tema? —dijo con extrañeza mirando a su amiga usar el celular.

—No lo sé —contestó.

Ambas habían terminado sus clases de la mañana y ahora iban a la cafetería, Carla llevaba bajo su brazo los volantes que el profesor le había encargado, ella los repartiría a los alrededores mientras Teresa pedía la comida de las dos para apartar un lugar.

—Entonces aquí nos separamos —dijo cuando llegaron y vieron la fila para ordenar la comida.

—Ya sé, ya sé, quieres las enchiladas suizas —gritó caminando con rapidez al visualizar un espacio donde podía colarse—. ¡Nos vemos!

Carla suspiró con diversión y sacó cinta adhesiva para empezar con su trabajo. Los profesores le solían pedir estos tipos de favores porque era la jefa de grupo, no le molestaba, hasta podía enterarse de una que otra cosa por ahí. Cuando pasaban algunos alumnos ella les daba unos volantes y les recomendaba

alegremente el lugar, caminó de un lado a otro pegando los papeles lo más alto que su altura le permitía y en lugares visibles, al poco tiempo estos se terminaron y pudo regresar a la cafetería.

Su mirada se desvió a su amiga que alzaba las manos para que la pudiera reconocer, se encontraba sentada al lado de Miguel y este le sonreía en grande. Pronunció un ligero “provecho” a las mesas alrededor, haciendo que algunas personas se ahogaran y otras correspondieran de forma apresurada.

Se acercó a ellos saludando con un ligero movimiento de cabeza y una sonrisa ladeada, hizo la silla hacia atrás con su pie y se sentó, acomodando su mochila debajo de la mesa cerca de ella.

—¿Qué crees? Ya me contaron el chisme sobre el porqué de los volantes, mira. —Colocó el celular en la mesa y se cruzó de brazos. Carla

lo vio y empezó a hacer *zoom* a la imagen para leerla mejor; se trataba de una noticia de hace una semana, una chica de 15 años se había suicidado arrojándose a una autopista desde un puente peatonal, lo cual llevó a más accidentes, se habían registrado varios videos de lo sucedido en tiempo real por lo que era un caso ya conocido.

—En el video se escucha que dice algunas cosas, pero no se logra entender y después se deja caer. —Miguel reprodujo el video de 29 segundos y subió el volumen. Rápidamente se escuchó cómo algunas personas susurraban detrás de ella, por el ángulo del video parecía que estaban unos metros atrás ya que la chica se encontraba con un pie colgando al vacío y solo se sostenía de una mano, temían que, si se acercaban, ella se soltara.

Tenía el uniforme de una escuela cercana a la de ellos, consistía en una falda blanca con un

suéter negro, por el clima que se apreciaba en el video debió de haber ocurrido cuando ella iba de salida, alrededor de las dos de la tarde.

¡No lo hagas...! ¡Ven, vamos a dar una vuelta!

¡Hablemos!

Se escuchó fuertemente una voz masculina y una mano se atravesó en la grabación del lado izquierdo.

¡Llama al 911!

Unos segundos después, la chica pronunció algunas palabras inentendibles y sacudió su cabeza frenéticamente cuando se dejó caer al vacío, casi inmediatamente se escucharon algunas expresiones de asombro y gritos de terror, la cámara se movió bruscamente hacia abajo para que después la grabación se quedara congelada y el video terminara.

Los integrantes de la mesa quedaron mudos a pesar del ruido que la gente alrededor hacía, Carla se sintió inquieta al ver el video y prefirió

alejarse del teléfono de ella para empezar a comer.

—Eso es raro, era casi de nuestra edad, además ¿por qué querría hacerlo? De paso se llevó a más personas —mencionó cortando las tortillas con el tenedor de forma suave.

Miguel frunció el ceño y abrió su jugo.

—No lo sé, supongo que solo ella lo sabe, o lo sabía... Dicen que iba a la escuela que está enfrente del kiosco, la preparatoria número 13, ahí utilizan el suéter negro.

No estaba muy lejos en carro, pero era normal que el personal académico se preocupara por una cosa así; el grupo de tres chicos decidió dejar el tema y empezar a hablar sobre sus proyectos faltantes sin entregar, lo olvidaron rápidamente, nadie quería pensar lo que le pudo pasar por la mente a la chica mientras miraba el vacío y tenía el valor de soltar su mano del tubo de metal del que se sostenía, al final de cuentas, todos se habían imaginado en esa situación en ocasiones

anteriores, a veces por bromas, pero la diferencia radicaba en que ellos nunca se soltarían.

III

En la tarde siguiente, Carla sujetaba la bolsa de mandado y dejaba caer el papel de las compras dentro de esta, tenía que ir a la tienda, era un sábado y esta vez no tenía ganas de ir a trabajar ya que siempre venían los hijos y nietos de Any para convivir con la familia y ayudar en el negocio, a veces no le gustaba convivir con ellos.

No tenía nada que hacer en su casa, había terminado todos los deberes de la escuela y estaba aburrida, por esa razón se ofreció para ir a la tienda a ver qué podía hallar o comprarse en el camino, pateó una piedra que se encontraba en el camino, sujetó la orilla de su gorra y la ajustó para que las gotas de lluvia no cayeran sobre ella.

Pensó en pasar a la biblioteca por un libro rápidamente, pero seguro estaría muy llena gracias a las tareas atrasadas que dejaban los

niños para el último momento, de igual forma iría mañana si no fuera porque los domingos la biblioteca no abre, así que intentaría volver a llamar a los números de los libros atrasados para que cubrieran su cuota y, si Dios así quiere, que los entreguen intactos, sin tachaduras o dobladuras.

La gente pasaba de largo, solo se escuchaban las gotas de lluvia caer junto con los pasos de la gente apresurada, miró hacia atrás comprobando que nadie la siguiera, pero esto no era así. Había un chico al otro lado del camino en el que iba, no tenía nada con qué cubrirse la cabeza, las gotas de lluvia resbalaban de su barbilla mientras la miraba fijamente, una señal de alerta se activó en Carla y volteó al frente rápidamente con nerviosismo, empezó a acelerar su caminata apretando la bolsa entre sus manos. Tal vez vio mal, tenía miopía y no traía sus lentes puestos por lo que era muy probable, al mirar atrás para

comprobarlo se dio cuenta de que venía detrás de ella caminando rápidamente, esto le dio un vuelco al corazón y apresuró el paso para lograr entrar a una tienda que se encontraba cerca, cuando dio la vuelta por una esquina empezó a correr.

No estaba segura de si había sido exagerada, pero prefería eso a algo peor. Antes de llegar a un cruce escuchó cómo los pasos se acercaban de forma brusca y rápida, esto la aterrorizó, miró a ambos lados de la carretera y, cuando estaba a punto de cruzar, alguien la hizo voltear sujetándole por el brazo, abrió los ojos y vio los ojos verdes e hinchados de un muchacho, antes de gritar, él le interrumpió de forma cansada.

—Eres la niña de la biblioteca, ¿no?

—...

De entre su chaqueta sacó un libro negro que tenía dibujado un espejo en su portada, se lo entregó de forma brusca, estampándolo en su

pecho, y se dio la vuelta para volver por donde venía.

—Deja de llamar todos los jodidos días a mi casa.

30

Carla se quedó quieta, mirando de forma atónita por donde el muchacho se había ido, frunció el ceño e intentó controlar los latidos frenéticos de su corazón, colocó su mano libre en su pecho y suspiró.

Le había dado un gran susto.

Miró el libro de nuevo y gimió de frustración, las esquinas estaban dobladas, la portada desgarrada y estaba mojado en gran parte, lo metió entre sus ropas y continuó caminando, maldiciendo en voz baja al chico.

—Y ni siquiera me pagó el dinero que debe por el libro —dijo de forma molesta la chica de cabello largo—, si no quieren pagar, deberían de devolver el libro en el tiempo prometido.

Un recuerdo pasó por su mente, pero lo ignoró. El libro lo había pedido una chica de cabello negro, en el documento que firmó el día que hizo el préstamo se le había explicado que solo ella podía devolver el libro, lo cual claramente no pasó y molestó a un familiar suyo, Carla llamaba todos los días porque no quería que la deuda aumentara y para recordarles que debían un libro, tenían que pagar 20 pesos por cada día que lo tuvieran después del tiempo límite; ese libro llevaba 80 pesos, no era mucho.

Lo llevaría a su casa para guardarlo hasta el lunes nuevamente, pero ya no llamaría, solo mandaría mensajes, más mensajes, y esperaría que el chico no volviera para aventarle el dinero a la cara.

IV

—Me hubieras mandado mensaje o marcado, por eso siempre tienes que estar vigilando tu alrededor —se escuchó hablar a Teresa en el altavoz del celular con un tono molesto.

Carla se encontraba revisando la carpeta de préstamos de la biblioteca mientras escuchaba a su amiga y le contaba todo lo ocurrido.

—No me hubiera dado tiempo de hacer eso, solo me dio el libro y se fue, desafortunadamente para ti sigo viva. Me tendrás que aguantar por un tiempo más —contestó de forma burlona Carla y siguió organizando las hojas alfabéticamente, recorrió con sus manos los bordes de la página y marcó con sus dedos las letras.

Buscaba marcar el libro como devuelto, aunque aún debía comunicarse con la chica

para que pudiera pagarle por el retraso, tomó un pequeño sello de tinta roja y lo presionó contra el documento.

—A veces eres insoportable, ¿sabías? —Justo al mismo tiempo se logró escuchar una voz femenina autoritaria que le reclamaba a Teresa para que dejara el celular y fuera a ayudar.

—Ya te regañaron, mejor ve y hazle caso a tu mamá que luego te deja sin comer, aún tengo que acomodar estas cosas.

—¡YA VOY! —Carla saltó en su lugar y alejó el celular un poco más de ella. —No te he preguntado, ¿qué estás haciendo? Solo escucho que das golpecitos a algo, no me digas qu...

—No es nada de lo que tu mente piensa, estoy buscando a la chica que me pidió el libro y me lo devolvió su familiar loco. —Seguía pasando las hojas de la carpeta buscando el

nombre del libro, se detuvo en un título especial para ella.

Mamá Panya y las crepas.

Sonrió con alegría al recordar uno de sus primeros libros, no era muy extenso, pero le encantaba la descripción que hacía de la comida.

—¿Ya la encontraste? ¿Cómo se llama?

Golpeó satisfecha con su dedo índice el documento que estaba buscando, leyó los datos rápidamente, miró los números de teléfono y regresó la vista al nombre.

—Mérida Yamileth Flores Cruz —susurró suavemente y empezó a escribir con tinta negra las observaciones del libro: páginas dobladas, portada desgarrada; con su otra mano abrió el libro y empezó a observarlo mejor, tenía algunas manchas amarillas y cafés por el agua de lluvia y lo que parecía ser lodo.

Espero que sea lodo, pensó con asco.

Dejó de escribir y empezó a leer un poco las páginas, estirándolas de sus bordes para hacerlo mejor, parecía un libro de terror sobre lo que podían hacer los espejos.

Escuchó la exclamación de sorpresa de su amiga siendo amortiguada por algo, probablemente su mano.

—¿C-cómo dijiste que se llama...?
—demandó con un grito ansioso mientras al fondo se escuchaba un golpe seco.

—Hum... Mérida Flores, ¿por qué? ¿La conoces?—Miró con extrañeza el celular mientras imaginaba lo que su amiga podría estar haciendo o pensando, se escucharon pasos avanzar por la habitación y el arrastre de una silla para luego escuchar el sonido de una computadora al prenderse. Teresa empezó a hablar de forma baja, pero Carla no entendía nada de lo que decía—. Espera, espera, ¿la conoces sí o no?

—¡No! ¡Digo sí! ¿No se te hace familiar?

Ponlo en el buscador, ¡rápido! —gritó con una voz que Carla jamás le había escuchado.

Carla hizo lo que su amiga le pidió e inmediatamente le aparecieron noticias recientes sobre un supuesto suicidio, abrió los ojos en grande y soltó un jadeo cubriéndose la boca, reprodujo los videos que le recomendaban y escuchó lo mismo que días antes.

¡No lo hagas...! ¡Ven, vamos a dar una vuelta!

—¡Es por eso que la chica ya no volvió con el libro...! ¡Por eso ese chico estaba de mal humor y sus ojos...! Dios...

Se sintió una pésima persona después de analizar todo eso, debió de ser un familiar cercano a Mérida y, claro, ¿quién no se enojaría si un completo desconocido decide llamar todos los días en el funeral de alguien a quien le tuviste afecto? Miró el libro y pensó que tal vez el chico fue demasiado amable en tratar con ella, y ella solo vio su propio beneficio sin pensar en los demás.

—¿Fuiste de las últimas personas en verla con vida...? —preguntó su amiga—. ¿No la viste rara?

38

Negó con frustración a pesar de que sabía que ella no podía verla, ¿cómo iba a saber algo así? Ella solo le rentó un libro que hablaba sobre los espejos, la vio un poco nerviosa ese día, pero nunca pensó lo que podría pasarle. Después tomó el libro entre sus manos y empezó a hojearlo, tenía más manchas en sus páginas, pero se distrajo al ver cómo algo caía de este, miró hacia abajo y levantó un pequeño collar con un espejo que había caído del libro.

Era redondo y pequeño de color hueso, tenía algunas letras grabadas y el dibujo de una sombra bailando en el centro, fijó su vista en el pequeño hueco de donde había caído el espejo, estaba conformado por hojas blancas y parecían haber sido cortadas con una navaja para que el espejo cupiera ahí.

—Ahorita te llamo, tengo que investigar algo.

Colgó bruscamente el teléfono sin darle oportunidad de hablar, intentó darle sentido a lo que había visto, dudaba mucho que la chica hubiera cortado el libro de esa forma para introducir el espejo.

Ladeó la cabeza y presionó un pequeño botón para abrirlo, tenía una delgada grieta que cubría una parte del espejo, estaba algo sucio, pero su reflejo se lograba ver entre aquellos raspones, centró su cabeza en el cristal elevando una de sus cejas.

No quería llamar a la familia de Mérida en esos momentos, pero, si no lo hacía, Any la mataría.

Dejó salir un soplando y colocó el espejo en su escritorio, podría esperar hasta que fuera lunes por la tarde, peinó su cabello hacia atrás y tomó el libro para después arrojarse a la cama.

Pensó que su trabajo sería más sencillo. Leería el libro para saciar su curiosidad.

Un libro que Mérida leyó antes de tomar esa decisión. Era una chismosa.

Las primeras tres páginas estaban en blanco, en la siguiente, las letras del libro abarcaban todo el espacio, empezaba con una pequeña introducción que explicaba el uso que les cedían los habitantes de Mesoamérica a los espejos.

...eran más que unos simples objetos, los consideraban como algo mágico con lo cual podían adivinar el porvenir, comunicarse con sus ancestros, sus dioses y con el "otro mundo". Era un objeto que mostraba más que un simple reflejo de la realidad.

Las exploraciones revelaron la existencia de espejos de grandes dimensiones, sobre los cuales se colocaron complejos mosaicos que, además de pirita, tenían otros materiales como la turquesa y el metal. En esa época los espejos estaban vinculados con el Sol.

Elespejo, por lo que se puede apreciar, desempeñó otro tipo de funciones de las que actualmente tiene, significó la puerta de comunicación con los dioses y ancestros, fungió como una fuente de conocimientos ocultos, oráculos o presagios, ya que de él podían emerger, según lo demuestran algunos textos e imágenes, seres procedentes de otros mundos.

41

Carla sonrió con entusiasmo al leerlo, le encantaba la historia, la estudiaba de forma regular y le llamaban la atención las antiguas civilizaciones y culturas, debía de admitir que tenían relatos interesantes y no negaría que en más de una ocasión quiso ver algo parecido en su vida.

Tezcatlipoca era el señor de la noche, el tiempo y la memoria ancestral, y usaba espejos para cruzar entre el reino terrenal y el inframundo.

Todo lo que el libro mencionaba era sobre las distintas leyendas que tenían los espejos en su viaje por el mundo, los sacerdotes de la antigua Roma los utilizaban para ver el pasado, el presente y el futuro, también se creía que podían absorber y almacenar lo que reflejaban para usarlo después.

Carla escuchó el timbre de su celular sonar, pero lo ignoró cuando una leyenda captó por completo su atención, era sobre los siete años de mala suerte que puedes tener si rompes un espejo, había varios detalles que jamás había notado y no quería perderselos; silenció su teléfono y lo puso debajo de su almohada. Los romanos sostenían que, si rompías un espejo, tu alma se quedaba atrapada entre los pedazos y no era liberada hasta que llegara el siguiente ciclo de vida, creían que la vida se renovaba en ciclos de siete años.

Había varias formas de romper la maldición, pero la tinta en esa parte del libro se había corrido por la lluvia, solo se lograba leer hasta las siguientes dos páginas lo que parecía ser la última opción: se tenían que recoger todas las piezas del espejo y enterrarlas en el suelo o arrojarlas a un río con una corriente fuerte, dejando que así el agua se lleve la desgracia.

Existía el temor de que los espejos se rompieran y la maldición involucrara a todos los presentes. Se basaba en una superstición de que los espejos son una puerta de entrada para los espíritus malignos.

...para poder confundir a los demonios se debían de ocultar los ojos del espejo o colocar una venda sobre estos.

—Algunas culturas antiguas creen que los espejos reflejaban el “alma oculta” o la verdadera

naturaleza de la persona. —Leyó con dificultad al tener la tinta mojada en esa página, miró al techo de su habitación y apretó los dientes. La lectura era muy interesante, ¿pero por qué Mérida pediría un libro así en sus últimos días? Era muy probable que la chica sufriera de depresión, pero le hubiera servido más tener un libro de autoayuda.

El collar con el espejo tenía sentido con el libro, pero dudaba que fuera real, tal vez un accesorio que el autor quiso añadir o un juguete para niños, quizás, antes de que Mérida decidiera acabar con su vida, hizo algún reporte o cumplió con una tarea.

Aunque no sirvió de mucho la verdad.

Sacó su teléfono y tecleó rápidamente con sus dedos la contraseña: KAIROSCLEROSIS.3.

No le gustaba que husmearan su privacidad, hizo a un lado los mensajes de Teresa y Miguel en su grupo “Trío dinamita” y abrió el navegador

de Google, escribió el nombre del libro dando rápidamente con los resultados. Aparecían algunos libros en PDF, pero hablaban sobre psicología o eran libros de adolescentes, otros pocos con la temática de Walter Riso, pero nada parecido al que ella buscaba, notó la imagen de una portada muy parecida en Twitter, clicó el enlace para que la llevara a la página y distinguió la Biblioteca Palafoxiana de Puebla en el fondo.

No podía ver más allá, pero era una publicación de hace dos años donde se mencionaban los diferentes libros que la biblioteca podría tener, entre ellos se encontraba la portada del libro, por un momento se preguntó si era real o si el libro también tendría en su interior un espejo similar, nadie había contestado el *tweet*, además de que no tenía muchas visualizaciones. Después de leer todo lo anterior seguían las páginas en blanco cortadas y luego letras impresas borrosas, no sabía

si el libro siempre había tenido esa forma o si esto ocurrió en su estadía con Mérida o en su pequeño viaje con el chico.

No quería morir ese día, pero necesitaba el dinero.

Decidió mandarle otro mensaje al chico que le entregó el libro, hasta ese momento no la había bloqueado, solo la dejaba en visto:

No me gustaría molestarte en un momento así, pero el libro se entregó en malas condiciones y se deben de pagar los días de retraso.

Espero que puedas comprenderlo, pero si necesitas más tiempo puedes pasar a avisarnos. Gracias.

Subrayó “malas condiciones” y eliminó el “¡Hola!” de la oración, él no estaría contento de verla, pero, si al menos le diera un aviso, dejaría de molestarlo. Se seguía sintiendo pésimo mandando estos mensajes cuando

probablemente se llevaban a cabo los rosarios de Mérida, pero...

Dejó el celular y se dispuso a contestar un problema matemático sobre las parábolas, aun si pensaba en el libro tenía que esperar hasta el lunes.

“Los ojos son los espejos del alma”.

V

Llegó a la escuela respirando agitadamente, había corrido las últimas calles para llegar a tiempo, ese día a su padre no se le hizo posible llevarla en el carro, por lo que tuvo que salir de improviso y tarde.

Acomodó su mochila y se la colgó al hombro, normalmente ya la habría lanzado, pero traía el libro y no quería estropearlo más, vio a lo lejos a Teresa con los brazos cruzados, se encaminó hacia ella y se dejó caer en una silla a su lado, situando la mochila detrás de ella, el profesor pasó a su lado con un plumón para comenzar con la clase a pesar del bullicio que los alumnos provocaban de fondo.

—¡Ya no me explicaste bien lo de la otra vez y me dejaste en visto! —levantó la voz Teresa acercándose a ella, Carla exasperó y la

jaló de un hombro hacia abajo para susurrarle algo fuerte.

—Cállate, ¿por qué no lo gritas más fuerte? Cuando comience el recreo te explico con lujo de detalles, quería ocupar mi teléfono el fin de semana lo menos posible. Además, no quería encontrarme con algunas groserías esta mañana —susurró recordando los mensajes del chico.

Ella la miró algo enojada.

—¿Y a mí no me vas a contar nada? ¿Sí traes el libro al menos? Tengo información de primera clase sobre Mérida, vamos a investigar y así pod...

—Señoritas. —Cortó la plática el profesor que estaba ahora enfrente de ellas, creando un salto en ambas, toda la clase quedó en silencio mirándolas, Carla sintió su rostro enrojecer y su estómago revolverse—. Ya que tienen muchos temas de los cuales hablar, ¿me harían

el favor de hacerlo fuera de mi clase? —dijo suavemente formando un ademán con la mano hacia la salida.

—No, profe. Ya nos quedamos calladas.

Él asintió retomando la explicación sobre la literatura.

—¿Te mandó mensaje el chico? ¿Qué te dijo? —Teresa la miró suavemente por el rabillo del ojo, Carla solo se quedó callada esperando que entendiera que estaban en clase.

—No sé, no he visto —dijo de forma suave, y continuó escribiendo sobre los géneros literarios.

...

—Entonces... ¿sí me vas a contar lo que pas...

—Señoritas... —El profesor las miró de forma seria.

—... —Carla le dio un codazo y un ligero pisotón a su amiga.

—Como decía... existen tres tipos de estilos literarios principales: la narrativa, la lírica y la dramática.

Carla sintió cómo su celular vibraba encima de la mesa, pero lo ignoró para seguir prestando atención a la clase, lo cual Teresa no hizo, pues alcanzó a ver ligeramente el mensaje de un contacto y tomó su hombro.

—¿Quién es “el chico raro”? —susurró.

—Suficiente —exclamó molesto el profesor.

Ambas fueron expulsadas de la clase sin poder hacer nada.

—¡No puedo creer que me echara de ahí por tu culpa! —bramó molesta Carla caminando hacia una mesa desocupada—. ¡Te estoy diciendo que te explicaba en el recreo, pero no me escuchaste! Y ahora tenemos que pedir los apuntes que probablemente no nos pasen o no les entendamos. —Se sentó en una silla y siguió

despotricando—. ¡Sabes que odio pedir cosas a los demás!

—Tranquila, este tema es fácil, además ahora tenemos tiempo libre para que me expliques todo lo que te ocurrió el fin de semana. —Sonrió victoriosa Teresa.

Carla dejó salir un suspiro aún enojada, buscó entre sus cosas el libro, lo puso sobre la mesa y sacó su celular, revisó los chats recientes y pudo apreciar cómo el chico aparentemente le había mandado mensaje, pero lo había eliminado antes de que lo viera. Alzó una ceja extrañada y pensó en enviarle un mensaje, se recordó a sí misma que tendría que tomar algunas notas de ahora en adelante sobre los libros y verificarlos antes de entregarlos a la gente.

—¿Te acuerdas de la chica que me pidió el libro de espejos? Es Mérida Yamileth, lo rentó y llevaba cuatro días de retraso, entonces empecé

a marcar a su casa para que se acordaran del dinero, pero bueno... Jamás respondió. El chico debió de ser uno de sus familiares y por eso se comportó de esa manera conmigo.

—Era su hermano, lo mencionaron en las noticias, pero no quiso hablar, en cambio su mamá, bueno... —Recordó cómo ella había salido escasas veces en el reportaje, intentaba no dar muchos detalles o estallaba en llanto apenas le preguntaban algo, pero el tema se estaba olvidando entre los medios locales.

Carla sacó el espejo y se lo extendió.

—Este espejo viene dentro del libro, ya lo leí porque me dio curiosidad. —Teresa lo tomó y jugó con él entre sus manos, sin abrirlo—. A todo esto, ¿por qué estás tan empeñada en que te cuente?

Ella miró hacia abajo evitando su mirada.

—Solo... —Suspiró y se acomodó para hablar—. Solo me gustaría saber qué le pasó. La

conocía, pero no tanto como quisiera, la primera vez que la vi fue en kínder, mi mamá aún no había llegado y mi pequeña mente de niña pensó que me había abandonado —empezó a contar con una voz divertida—. Claramente eso no pasó, pero, cuando estaba sentada a un lado del portón, ella se me acercó y me hizo compañía, su madre estaba platicando con la profesora que nos vigilaba. Ya sabes... cuando somos niños es más fácil hacer amigos, sacó sus juguetes y en el tiempo que sobraba me dio una de sus galletas, me la pasé tan bien que había olvidado a mi mamá, cuando ella llegó pues... no me quería ir, pero mi mamá me jaló. Antes de hacerlo ella me gritó: “¡Adiós, nueva mejor amiga!”.

Teresa juntó sus manos y las puso sobre la mesa, dejando a un lado el espejo.

—Pero íbamos en diferentes salones y después de eso ya no hablé con ella, siempre me agradó, cuando crecí me daba pena acercarme y

solo seguí con mi vida, es raro saber que ya no está. ¡Se veía feliz! —Desvió la mirada hablando desanimada—. No sé qué le pasó, o puede que sea mi remordimiento por no seguir en contacto con ella. Hasta ahora tuve una noticia sobre ella y es algo de esa magnitud. Me caía bien, era... agradable. —Finalizó, jugando con una servilleta que se encontraba ahí.

Carla miró desconcertada a su amiga, todo este tiempo creyó que se centraba más en el tema por morbo que por una amistad de la infancia que no pudo seguir floreciendo, mordió con fuerza su labio y se dio cuenta, por primera vez, de que:

1. Su amiga se interesaba en alguien de verdad.
2. Debía de cambiar su forma de ver algunas cosas.

Teresa tomó el espejo y lo abrió con un solo movimiento, se vio en él e hizo una extraña mueca que parecía ser una sonrisa.

—Para estar dentro de un libro está bonito —dijo confundida, volteándolo en su dirección. Carla tomó rápidamente el espejo y lo inspeccionó.

—¿Qué pasó? —Miró confundida a su amiga cuando le arrebató de las manos el espejo.

No tenía grietas.

Ni estaba sucio.

Estaba segura de que el pequeño espejo tenía una grieta, estaba muy segura de que estaba sucio, ¡ella misma se vio en él! Pero cuando Teresa lo volteó en su dirección estaba impecable, como si fuera un espejo nuevo, normal y corriente; hizo memoria e intentó recordar si alguien lo había tomado, pero su padre no entró a su habitación el fin de semana.

¿O vio mal?

—Pensé que el espejo ten... Nada... — Se derramó pensativa en su silla, se estaba volviendo loca—. ¿Sabes? Cuando me contaste

lo de Mérida, más bien... creo... no. He sido muy insensible. —Añadió mirando cabizbaja el libro—. Esta tarde... si su “hermano” —hizo comillas con los dedos al pronunciar la última palabra— decide ir a la biblioteca, puedo preguntarle si los rosarios aún están presentes para que podamos dejarle algo. Y, aunque no vaya, tendré que ir a su casa... ¿Qué te parece?

Teresa la miró boquiabierta por un momento, pero sonrió sinceramente y asintió.

—Sí, de hecho, me parece bien... —Se levantó y llevó la mano a su frente—. Tengo que ir al baño, me estoy mareando un poco.

—¿Te acompaño?

—No, solo necesito lavarme la cara. —Dio media vuelta y se alejó de donde estaban. Carla sonrió, prendió su teléfono y recostó su cabeza sobre la mesa.

¿Algo que tengas que decirme?, envió.

VI

Carla miró preocupada la salida de la escuela, los padres de Teresa habían sido llamados para recogerla. Cuando ella se tardó demasiado en el baño, Carla fue a buscarla, pero no esperaba encontrarla inconsciente en medio de dos chicas con semblantes preocupados que intentaban despertarla, una de las desconocidas fue en busca de un profesor y se la llevaron cargando a la enfermería.

Pudo verla caminar en compañía de su madre hacia la salida de la escuela, pero no supo más, tampoco podía mandarle mensaje porque necesitaba descansar y no quería molestarla.

Al terminar las clases salió rápidamente, no quería responder las preguntas de sus compañeros, ahora necesitaba visitar al chico

para exigirle el pago y olvidar el tema de una vez por todas, también quería cumplir con la promesa que le hizo a Teresa sobre visitar los rosarios de Mérida, si sus cálculos eran correctos aún tenían un día para ir.

Recordó la dirección que Mérida había escrito cuando fue a la biblioteca.

—Pasando la calle Matamoros, cruzando por la autopista, frente a la arboleda. —Repasó mirando los nombres de las calles, a lo lejos visualizó una tienda, una anciana se encontraba barriendo sobre la banqueta con una escoba de carrizo. Caminó hacia ella y sacó de su mochila algunas monedas.

Después de 20 minutos caminando, llegó a una casa de dos pisos color azul, tenía un patio con columpios y un pasamanos en la parte trasera, rodeó el lugar para llegar a la puerta, esta tenía un moño blanco pegado en la parte de arriba, logró visualizar sillas negras dispersas en

todo el salón gracias a que la puerta principal se encontraba abierta.

Tocó la puerta ligeramente mientras se descolgaba la mochila del hombro y sacaba una vela, miró a su alrededor acercándose a las veladoras mientras prendía la suya con la flama, después de levantarse al estar de cuclillas escuchó pasos acercarse.

—¿Eres amiga de Mérida? —preguntó una señora con un vestido negro, se oía cansada y su cabello estaba desarreglado, su pálido color contrastaba más por su vestimenta. Asustada, miró sus ojos por un momento, ella se sujetó la cabeza suavemente tocando un parche médico cerca de su frente, tampoco había notado la venda que se encontraba alrededor su brazo. Vio en silencio cómo se sentó en una de las sillas cercanas y miraba a un punto vacío de la habitación—. Llegaste tarde, hoy terminaron

los rosarios —susurró antes de cubrirse la cara y sollozar en silencio—. Rigoberto dice qu...

A la habitación entró un chico alto de cabello negro, para ser un funeral no estaba vestido para la ocasión, usaba ropa casual, pero ella no podía decir nada respecto a la vestimenta, tenía puesto su uniforme escolar, por su expresión no esperaba verla en ese lugar.

No miró a la mujer que lloraba en ningún momento, en su lugar frunció el ceño y se acercó a la chica rápidamente para tomarle del brazo con algo de fuerza.

—¿Tú qué haces aquí? —demandó saber.

Al ver que no diría nada, caminó con ella hacia la salida jalándola del brazo, Carla por fin reaccionó e intentó soltarse de su agarre, lográndolo al estar fuera de la casa.

—¿Qué demonios te sucede? —protestó aferrándose a su mochila y tomando distancia.

—¿A mí? —preguntó él con sarcasmo—.

Tú eres la loca que no deja de molestar y ahora te atreves a venir a *mi* casa, no sé si lo sepas, pero este no es un lugar para hablar sobre dinero. —Levantó los brazos sonriendo con irritación hacia ella.

—¡Sé que este no es un buen momento para esto, pero si tú me hubieras respondido los mensajes habiéramos podido llegar a un acuerdo! —agregó ansiosa Carla para después tranquilizarse y suspirar—. Entiendo que estés pasando por momentos difíciles, era tu hermana después de todo... Pero si habla...

—No era mi hermana —dijo toscamente y con frialdad.

Ella levantó la mirada sorprendida, sintió la ira escalar por su cuerpo hasta enrojecer su rostro.

¿Qué?

¿No era su hermana? ¿No lo era? Por el modo en el que ignoró a la señora ahí dentro era

claro que había problemas en el núcleo familiar, pero un integrante había perdido la vida, ¿acaso no podía olvidar eso por un mísero segundo? Recordó momentáneamente el rostro de su amiga, sus ojos cristalizados, lo transparente que era su arrepentimiento; ella era su amiga y él su hermano.

—¿Después de todo esto, estás negándola? ¿No puedes al menos fingir que sientes algo de pena para convencer a los demás? —exclamó con fuerza mirándolo.

Él observó a Carla, mirando su cuerpo de abajo hacia arriba, lo cual solo la hizo enfurecer más.

—Ah... ¿Es que realmente la conocías? No me digas, ¿qué te contó de mí?

—¿De ti? ¡Ni siquiera la conocía! —expresó con un torrente de emociones desagradables en su interior.

—¿Y creíste todo lo que decían de ella? —Levantó la ceja sutilmente—. Oh, no me digas, solo vienes porque su caso es popular, no me sorprendería, ¿te cuento un secreto? Estaba loca. —Terminó, girando la mirada para concentrarse en otra cosa.

Carla lo miró incrédula por un segundo, entonces ella explotó.

—¿Entonces para esto vine?! —vociferó acercándose a él—. No quería molestarte porque pensé que todo esto te afectaría, pero ahora veo que no es así. ¡Te da absolutamente igual! ¡No entiendo cómo puedes ser tan cínico! —gritó extendiendo las manos—. ¿Sabes qué? Estoy harta de esto. —Suspiró fuertemente tomando distancia y lo miró con desprecio. —Yo pagaré todo el daño causado en el libro, así no tendremos que volvernos a cruzar y todo acabará aquí.

—¡La única buena noticia que he tenido en el día! —La miró seriamente empezando a

hablar de forma cínica. —¿Tú estás harta? Yo era quien ya no necesitaba saber nada de ese jodido libro, y ahora vienes *tú* a molestar cada jodido día; los funerales son costosos, ¿sabes? No iba a pagar nada —susurró de manera dura para intimidarla.

—Mira —comenzó a hablar con el mismo tono alejándose de él, girando los ojos —me da absolutamente igual tu vida privada, ya dije que yo pagaré el libro y eso haré; pero te diré algo: cuando cortes las páginas de un libro y te tomes la molestia de colocar un espejo en él, procura que el libro sea tuyo. —Concluyó caminando con molestia.

Se alejó de ese lugar sin notar que el chico había quedado atónito por la declaración anterior.

¿Espejo?

Eso era imposible.

Sacudió su cabeza mirando el camino por

donde la chica había ido, pensó en alcanzarla, pero, con lo que había pasado, no era ni remotamente posible que le sacara algo de información. Ni siquiera la conocía, sintió la desesperación subir lentamente por su espalda y apretó sus nudillos, tal vez lo engañó, era una broma o escuchó algo parecido a eso.

Su cabeza comenzó a punzar cuando escuchó un llamado.

—¡Francisco! ¡Ven aquí!

Endureció la mirada al escuchar la voz de Rigoberto, antes de caminar dio un último vistazo atrás y se encaminó a su casa.

Lo que importaba ahora era el presente.

VII

Carla entró a la biblioteca saludando a Any, cerró la puerta creando un pequeño rechinado.

—Parece que hoy será un día tranquilo, pero los niños vienen a hacer sus travesuras, tenemos que prepararnos —comentó Any leyendo los títulos de algunos libros.

Carla asintió distraídamente y sacó las carpetas de los libros rentados, puso su mochila en una silla cercana. Acomodando los documentos frente a ella, buscó con su dedo el libro de los espejos, cuando lo encontró, tomó un pequeño sello y lo firmó como devuelto, casi después abrió su mochila para sacar algunos billetes de 20 pesos, colocó el dinero en su lugar debajo de una caja y lo guardó.

Extrajo el libro de su mochila para observarlo con curiosidad.

No puedo ponerlo con los demás libros, nadie lo querrá y no puede ser arreglado.

Ya se imaginaba el favor que le pediría Any a cambio de quedarse con un viejo libro, tal vez horas extras. *Todo con tal de no volver ahí*, pensó con alivio, pero el sentimiento no le duró demasiado al recordar a Teresa, la chica estaría muy triste al saber que no pudo verla por última vez, pero la consolaría diciendo que pueden visitar su tumba, ella estaría a su lado el tiempo que necesite.

Tomó su celular para enviarle un mensaje.

Hola, ¿cómo te sientes? Espero que mejor, tómate tus medicinas y hazle caso a tus padres, si lo haces te invitaré unos tacos, ¡lo prometo!

No te perdiste de mucho, hubo una conferencia sobre educación sexual, ya sabes, anticonceptivos y enfermedades de transmisión sexual, quedé

traumada con las imágenes; con lo que sí te va a dar un infarto es que ¡nos dieron décimos extras por hacer un resumen! Solo son tres, pero, hey, ¿eso a nada? También me reuní con el hermano de Mérida, cumplí con lo prometido, pero cuando te sientas mejor me llamas y te cuento todo con detalle.

¿Va?

Envió el mensaje añadiéndole algunos *stickers*, salió del chat para después ir al contacto de Mérida y posteriormente al de su hermano, miró su foto de perfil unos segundos meditando si era correcto lo que haría, para ser un chico grosero le gustaban las golondrinas, cliqueó la configuración para bloquearlo y quitarse ese dolor de cabeza.

—¿Todo bien? —Any se encontraba recargada en el mostrador con una bandeja de

metal que contenía una taza de té y un *muffin* de moras azules, los ojos de Carla se cristalizaron levemente aceptando la taza y soplándole.

—Sí, solo fue un día cansado —dijo mientras disfrutaba del té y le daba una gran mordida al panqué.

—Bien... disfruta de esto antes de que vengan los niños —añadió con una risa nasal y apartó con su mano una pelusa que se encontraba por ahí.

Aunque no se lo dijera, estaba profundamente agradecida por contar con el apoyo de Carla, siempre había sido alguien de corazón noble, a pesar de no controlar bien sus emociones, y ella le demostraba su cariño con pequeñas acciones como esta. La conoció cuando estaba llorando atorada en el tubo alto de un parque de juegos, le dio tanta pena y risa verla que llamó a su padre mientras ella intentaba hacer algo, para Carla no solo fue el

susto que una pequeña niña puede tener en este tipo de situaciones, si no que ahora le tenía un profundo miedo a las alturas; a pesar de eso sigue recordando la anécdota con diversión.

Desde ese momento se toparon muchas veces y el enterarse de la muerte de su madre cuando era pequeña solo logró hacer que se fijara más en la pequeña niña de mejillas regordetas, por eso cuando la vio llegar a la Biblioteca Park con un semblante molesto y enojado supuso que su día no había sido tan bueno.

O un auto pasó a su lado salpicándola de agua sucia, pensó sonriendo con sus dientes amarillentos mientras caminaba hacia la cafetera que estaba encima de la mesa.

Dejó a Carla descansar un momento y empezó a caminar para buscar un libro de recetas cerca de la entrada, giró la mirada prestando atención a las portadas que se encontraban

frente a ella, estiró su mano cubierta con pequeñas manchas blancas intentando tomar el de la portada azul y un pie dibujado en el centro, antes de lograrlo escuchó el sonido de la puerta al abrirse y volteó para atender a la persona recién llegada.

Al no ver a nadie dentro del lugar, abrió la puerta para sacar su cabeza y mirar a ambos lados, solo vio a una chica embarazada caminando de la mano con su novio, un niño acompañado de su padre llevando a su mascota y un camión de helados parado en la esquina de la calle, cerró la puerta acercándose nuevamente al mostrador de cristal.

—¿Quién entró? —Carla levantó la cabeza de donde se encontraba leyendo, se escuchaba cansada, pero con un humor mejor que con el que entró. Any negó suavemente tocando la superficie lisa, cuando levantó la mirada vio una

sombra detrás de ella por el reflejo del mostrador, dio un salto y giró su cuerpo aterrada.

—...

—¿Any?... —Miró a Carla con una expresión asustada, quien se había levantado rápidamente de su sitio al ver que algo asustó a la anciana.

—No, no te preocupes, pensé que había visto a alguien, pero debe de ser mi ceguera —dijo convenciéndose de eso. Dio un vistazo alrededor de la biblioteca de nuevo, pero se concentró al oír una serie de voces chillonas entrando por la puerta, unos padres levantaron la voz para tranquilizar y poner orden en sus hijos, lo que causó un revuelo más escandaloso.

Ambas encargadas del lugar dieron la bienvenida a los clientes recién llegados, indicando los avisos de los libros y su forma de organización. Antes de separarse, Carla miró de forma preocupada a la anciana que le explicaba a

un niño la importancia de no comer cerca de los libros o de los dispositivos electrónicos.

Después de unos minutos, cerca de ahí, una pequeña niña de trenzas se separó de su madre al ver un libro en un estante alto, la pequeña miraba el libro azul cubierto de diamantina con anhelo cuando una mano cubierta por una sudadera negra se adelantó y lo tomó. Miró al hombre alto con curiosidad jalando las orillas de su vestido amarillo con nerviosismo.

—¿Quieres el libro? —preguntó a la niña sin mirarla.

Los ojos de la niña asustada se cristalizaron por el tono que usó con ella, bajó la cabeza y asintió suavemente con temor.

—Hey, tranquila —habló suavemente, pero sin quitar la pizca de firmeza que había en su voz, señaló con su dedo al mostrador vacío—. ¿Ves la mochila negra encima de la silla? Solo tienes que traerme el libro negro que se encuentra

dentro, solo así te daré este libro. —Concluyó mostrando la portada a la niña.

La niña miró con ojos grandes el libro azul y después dirigió su vista al mostrador, mordió sus labios y caminó sin detenerse hacia donde el señor le había señalado, dentro de su mente se repetían las palabras de su madre.

Nunca tomes algo que no es tuyo.

No escuches a desconocidos.

Era un libro bonito, eso la terminó de convencer, abrió torpemente la cremallera de la bolsa principal buscando el libro negro, solo encontró libretas gruesas color pastel decoradas, se entretuvo un momento viendo las calcomanías de comida que poseían, lanzó todo dentro de forma desordenada y siguió con la segunda cremallera más grande, sus ojos se toparon con el único libro en la bolsa, hizo un puchero con los labios y arrugó las cejas al ver que no era tan bonito como las

libretas que había visto. Bajó de la silla con cuidado llevando el libro en sus pequeñas manos, vio al hombre recargado en un pilar, se acercó rápidamente al ver el libro azul entre sus manos y casi tropezó en el camino.

Carla regresó al mostrador para firmar algunos papeles de préstamos, esta vez no cometería el mismo error con estos clientes, al acercarse a su mochila para sacar un lapicero notó que estaba abierta, revisó rápida y violentamente sus pertenencias, desordenando todo, pero se tranquilizó al encontrar su teléfono y dinero, todo estaba en su lugar, excepto...

El libro.

Desarregló su cabello mirando a todos lados molesta, caminó por los pasillos pidiendo disculpas culpables a padres que le preguntaban sobre la ubicación de algunos libros, posó su mirada en una niña de vestido amarillo que estaba a punto de tropezarse. Cuando vio el libro

negro entre sus manos, alargó los pasos para cargarla por las axilas y voltearla de frente.

—Luna, ¿por qué sacaste el libro de mi mochila? —preguntó entre confundida y molesta, viéndola a los ojos.

—El señor vestido de negro me lo pidió —contestó la niña inocentemente, apuntando a una esquina vacía. Carla se acercó al lugar desconcertada, sin lograr ver más que un libro de portada azul colocado en uno de los estantes, claramente, ese no era el lugar en donde iba. Bajó a la niña para tomar el libro entre sus manos y lo inspeccionó de cerca; al mirar a Luna, esta extendía los brazos esperándolo con una sonrisa y los ojos brillantes, la joven suspiró y se lo entregó, no sin antes quitarle con suavidad el libro de los espejos.

Un padre de familia la llamó preguntándole con prisa sobre el libro *Marianela*, lo que la hizo concentrarse en otra cosa y llevarse el libro con ella.

—Luna —llamó un niño pequeño que coloreaba una jirafa de morado con manchas verdes—, ¿quién era el señor con el que estabas hablando? Mis papás me dicen que no confíe en las personas vestidas de negro.

Luna, sin verlo y apreciando los dibujos infantiles de su libro, alzó los hombros desinteresadamente. Ambos olvidaron rápidamente lo ocurrido al concentrarse en sus tareas y prioridades personales.

Cuando todos se habían ido, Carla se quedó recogiendo y ordenando los archivos, mientras Any buscaba las llaves para cerrar el lugar. Tomó su mochila, caminó hacia la salida con la anciana y cerraron juntas la cortina de aluminio. Al despedirse, paró un taxi que pasaba por ahí para llegar a su casa más pronto, se sentía exhausta y solo quería

llegar a dormir lo más que pudiera, mientras miraba el paisaje, no notó que un hombre vestido de negro seguía el recorrido del taxi con su mirada.

VIII

Carla se sentó en su lugar habitual como todos los días, miró la butaca de su amiga con tristeza pensando en llamarla de nuevo, Teresa había faltado tres días desde que se desmayó en los baños de la escuela, sus mensajes, al igual que las llamadas, no le llegaban. Antes de entrar en pánico y de pensar que la había bloqueado, preguntó a todos sus compañeros por ella, pero obtuvo la misma respuesta y grado de preocupación; vivía demasiado lejos como para visitarla y además no tenía tiempo con los proyectos de la escuela, podría decirse que también estaba enojada con ella, le había dejado hacer todo sola y no había dormido bien.

Miró desinteresadamente a los demás hablar y vio a Miguel acercarse y sentarse junto a ella.

—¿No has podido comunicarte con ella?

—¡No! ¡No me hace caso y no me responde nada! Ni siquiera sus papás, ¡me dejaron en visto! —se quejó con el chico hablando de forma irritada—. ¿Recuerdas la exposición? Como no vino tuve que hacerla yo sola, me confié y no estudié nada del tema, quedé como una ignorante enfrente de la clase y estoy segura de que la profesora me puso menos de la mitad de la nota. —Azotó su mano en el pupitre haciéndola un puño.

—¡Ja! A mi equipo se le olvidó la memoria ese mismo día y no obtuvimos nada —comentó riéndose del desastre.

—¡Pero sabes que a mí me gusta entregar las cosas bien hechas! Al menos me hubiera avisado con antelación. —Dejó caer su cabeza entre sus brazos y cerró los ojos.

—Vaya... —contestó Miguel mirando distraídamente la pared a su lado—. Pobrecita.

—¡Lo sé!, ¿verdad?

—No lo decía por ti, digo, ¿qué tan mal te debes de sentir para no venir a la escuela y no presentarte en la exposición que valía dos puntos y medio de la calificación? Eso es mala suerte, a cualquiera en un mal día le puede pasar.

Carla descubrió sus ojos analizando lo que dijo, Miguel la veía recargando su mentón en la mano de forma aburrida.

—¿Por qué no le llevas las tareas que pidieron el día de hoy?

—Siempre le mando fotos —comentó jugando con sus dedos y haciendo formas invisibles en la mesa.

—Ah... bien, tal vez vaya hoy saliendo de la escuela a verla, le tengo que contar muchas cosas...

Carla miró el pizarrón de forma nerviosa, no le gustaba que le hicieran ver sus errores. Miguel sonrió internamente, celebrando su cometido, y sacó su celular para empezar a jugar, le mandó

una solicitud de partida para distraerla, le dio un ligero codazo y levantó las cejas en son de burla. Carla frunció el ceño, pero siguió el juego sonriendo divertida antes de que el profesor llegara.

Al terminar la escuela y después de despedirse de Miguel, Carla se encontraba frente a la puerta de su amiga, llevaba algunos dulces para pasar un rato agradable y hacer la situación menos incómoda. Tocó la puerta con los nudillos esperando una respuesta, al cabo de unos minutos escuchó el clic del seguro ser retirado y una chica de cabello café mal arreglado cubrió toda su visión.

—¿Teresa? —Miró de cuerpo completo a su amiga sonriendo—. ¡Me alegra que estés bien! ¿Por qué no me habías mandado mensaje? Estaba preocupada. —Notó cómo tenía pequeñas ojeras, además de que estaba sucia de la cara y su camiseta estaba manchada de algo amarillo.

—Carla... —Teresa miró a su amiga por un breve segundo, con una de sus manos talló uno de sus ojos y se retiró de la entrada para dejarla pasar y avanzar por la sala, cerró la puerta nuevamente colocando el seguro y se sentó en el sillón tapándose con una manta, sobre la mesa se encontraban dos tazas de vidrio y una jarra de cerámica blanca, las tazas parecían contener té.

Carla se sentó a su lado y sacó de su mochila algunas galletas y una libreta rosada.

—Miguel dice que ojalá te recuperes para ir a comer los tres, y aquí están unas galletas y los apuntes de las clases —dijo acomodándolos en la mesa de enfrente.

Teresa no contestó ni se movió, se veía cansada y algo... ida, Carla miró a su alrededor con incomodidad y pasó saliva.

—¿Recuerdas que te dije que iría a la casa de Mérida? —Su amiga al fin prestó atención, la miró y se arropó en la manta,

manteniéndose expectante—. La verdad es que los rosarios terminaron y, como no te pude contactar, se llevaron la cruz el otro día, pero podemos visitar el panteón para verla, también me topé con su hermano, pero no hablamos mucho. —Carla no quiso dar detalles de su discusión, no quería preocuparla o empeorar su estado, no era relevante.

—¿Daniel?

—¿Así se llama? Wow, bueno sí, él.

—Ya veo... Al final no pude verla.

Carla torció los labios con disgusto, pero entendió rápidamente que no debía de criticarla, aunque ahora, después de verla y saber que estaba bien, quería despedirse.

El ambiente se sentía extraño; irreconocible diría.

De nuevo un silencio se prolongó en el lugar, Teresa sacudió un poco la cabeza y comenzó a hablar irritada.

—Perdón por no ir a la escuela, es solo... Me siento mal, muy mal, todo pareció empeorar esta semana, solo quería descansar y quitarme estos pensamientos —habló tocándose la frente y con una expresión de preocupación—. Y las malditas parálisis de sueño, he tenido muchas estos días, he intentado descansar, ¡pero no puedo! Parece que mientras más triste estoy, peor me siento... ¿Tú crees que podamos hablar con Daniel hoy?

El cuerpo de Carla se tensó y negó con la cabeza.

—Lo dudo... Dudo que esté de humor, podemos ir directamente a visitar a Mérida. —Evitaba cualquier palabra que tuviera que ver con muertos o panteones. Después de decir eso, Teresa la miró horrorizada, miró confundida a su amiga, analizaba las palabras que antes habían salido de su boca cuando escuchó un estruendo provocado detrás de ella. Se levantó rápidamente y un escalofrío recorrió su cuerpo,

pero observó aterrada cómo nadie se encontraba en la sala excepto ellas dos, escuchó pasos y sollozos salir de la boca de su amiga cuando huía de la sala a la puerta para intentar abrirla torpemente y pronunció algunas palabras; corrió tras ella, pero esta la miró asustada, vio en sus manos una taza que no había notado que traía consigo y se la lanzó en el rostro, Carla interpuso su brazo recibiendo el impacto. Notó cómo los pequeños trozos se incrustaban en su antebrazo y su palma de la mano, retrocedió ante esto agachándose y escondiéndose detrás de una columna, con el corazón latiendo tan fuerte que le dolía el pecho. Miró su brazo al notar un líquido, estaba cubierto de sangre que goteaba sobre el suelo y su falda, empuñó la mano guardando silencio para ver si su amiga se acercaba.

Sintió la puerta ser azotada y pudo asomarse de nuevo, Teresa había salido de la casa y

cruzado la calle. Carla se acercó a la entrada y, perturbada, apoyó una mano en la puerta. ¿Qué había pasado ahí dentro? ¿Debería de perseguir a su amiga? Su piel se puso pálida al recordar el accidente con la jarra, no quería entrar, pero necesitaba tomar su teléfono para llamar a los padres de Teresa y explicarles todo. Armándose de valor, entró apresuradamente, mirando al suelo en todo momento, pulsó el contacto manchando su pantalla ligeramente de sangre, se sentó en la entrada y esperó nerviosamente los tonos.

Tenía ganas de llorar.

Uno, dos, tres.

Uno, dos, tres.

No contestaban la llamada, pero pudo dejarles varios mensajes mal escritos con urgencia, le marcó a su padre para contarle todo y consiguió que fuera por ella sin explicaciones,

empezó a llorar, confundida por la situación, y exhaló fuertemente, talló sus lágrimas para dejar un mensaje de voz a su amigo.

—Oye, vine con Teresa para dejarle los apuntes, ¿recuerdas? Pero no sé qué pasó... Se estaba comportando rara y, de un momento a otro, algo tiró una jarra de la mesa y no fuimos ni ella ni yo, estábamos solas —su voz pudo estabilizarse mejor—. Y ahora tengo el brazo con sangre y no sé dónde puede estar porque salió corriendo de la casa... Mi papá ya viene en camino, pero aún no puedo contactar a sus padres, ¿podrías intentar llamarlos y pedirles que vengan inmediatamente a su casa y me llamen? —Cortó el mensaje enviándolo aún sin ver muy bien gracias a su vista borrosa y sin saber que ese no era el contacto de Miguel.

IX

—¿No sabes hacia dónde se fue?

—No, solo salió corriendo y no pude alcanzarla.

Los padres de Teresa se miraron preocupados, su padre subió a su camioneta y aceleró para salir por la carretera a buscar a su hija; el padre de Carla, Mauricio, se encontraba apoyando a su hija a terminar de limpiar la herida de su brazo. Después sacó una venda y empezó a realizar un vendaje circular.

—Carla, ¿por qué estabas en nuestra casa?

—Vine a traerle los apuntes de las clases, y después pasó todo eso.

—Ya veo... —La madre de Teresa se veía estresada al igual que su hija, ella traía ojeras y su piel estaba pálida, no llamaron a la policía

para no hacer un escándalo, pero Carla seguía asustada y estaba segura de que no le habían creído una palabra de lo que decía.

—Señor Mauricio, pueden irse a su casa, mi esposo y yo nos encargaremos de mi hija, muchas gracias por contarnos todo eso, Carlita. —Se despidió la señora viendo el patio—. Tampoco se preocupen por los daños, nosotros nos encargaremos.

Carla iba en el auto viendo el paisaje.

—¿Algo que haya tomado Teresa al estar contigo? ¿No se veía estresada? —preguntó su padre confundido, su hija siempre había hablado bien de Teresa y se consideraban buenas amigas, no se le ocurría una razón por la cual le hubiera querido arrojar una taza. Carla no contestó nada, pero negó suavemente recargándose en la esquina de la puerta para quedarse dormida. Mauricio la miró de reojo inquieto. Por hoy la dejaría descansar.

Carla se arrojó a su cama envolviéndose con las cobijas y escuchó música relajante, revisó su teléfono para ver si tenía una contestación de Miguel, pero grande fue su sorpresa al ver que se lo había mandado a Mérida, se levantó de la cama bruscamente revisando el contacto.

¡Claro! Cuando Mérida rentó el libro escribí dos números de contacto en su documento y a ambos les escribí para avisarles del pendiente.

Vio con tristeza cómo el mensaje ya había sido visto, tal vez su mamá aún guardaba con dolor el celular de Mérida y estaba al pendiente de él, ya no pudo eliminarlo así que pidió disculpas breves por enviarlo. Inmediatamente el mensaje fue visto, vio cómo la persona del otro lado parecía escribir algo, pero después lo borraba y se desconectaba, eso hasta que sonó una llamada entrante a su celular que la asustó y tiró el teléfono.

—¿Bueno...? —contestó Carla intentando escuchar el otro lado de la línea.

—¿Podemos vernos?...

Ahogó un sonido de sorpresa al escuchar la voz del hermano de Mérida, este sonaba serio, pero dudoso ante la expectativa.

—¿Necesitas algo? Si es lo del pago del libro ya lo tengo cubierto, no necesitas preocuparte por eso de nuevo —contestó con firmeza entrando en el papel de su trabajo, no necesitaba más estrés y menos con él.

—No es sobre eso, más bien... —Un suspiro se escuchó del otro lado—. Necesito el libro.

Carla se quedó en blanco unos segundos, lo maldijo en voz alta antes de colgar y bloquear también el número, se acostó en su habitación y giró su cabeza para ver el libro en su mesa. Necesitaba revisar si había una segunda parte o al menos una copia legible, recordó las palabras

de su amiga al salir despavorida y abrazó una de sus almohadas con las piernas.

Están en los espejos.

A Teresa no le gustaba leer, lo odiaba en realidad, por lo que, si no se equivocaba, el libro de los espejos había sido la última cosa que leyó.

Al igual que Mérida.

Le dio miedo pensar en una cosa así, solo podía tratarse de una coincidencia, ella también había leído el libro y Daniel ahora lo quería, pensar en eso solo la hizo enojarse, ¿después de toda la pelea, ahora quería venir y pedirlo? Miró el pequeño espejo que se encontraba a un lado del libro, se levantó de su cama y sacó de un cajón un pequeño collar dorado, nunca le gustaron los accesorios, pero quería mantener ese espejo lo más cerca de ella. Con ayuda de un pequeño encendedor y un alambre logró moldear la parte baja del espejo para después

introducir el collar, lo alzó viéndolo de lejos, tomó el broche, lo abrió para acomodarlo en su cuello y así finalmente pudo conciliar el sueño, olvidando varias cosas de ese día.

Escuchó ruidos constantes en su habitación, parecía lluvia.

Carla, Carla.

¡Carla!

Despertó asustada en la madrugada sin saber el porqué, revisó su teléfono deslumbrándose momentáneamente por la luz.

3:24.

Soltó un quejido y volvió a cubrirse con las cobijas hasta que escuchó el sonido de algo impactar contra su ventana. Se quedó congelada escuchando su respiración e intentando ignorar el sonido hasta que escuchó una voz llamándola que la hizo temblar.

¡Carla!

Salió corriendo de su habitación para llegar a la de su padre, intentó no hacer ruido con las pisadas, pero no pudo evitar que sus pasos provocaran eco.

En medio del pasillo se encontró con un espejo pegado a la pared, miró aterrada cómo en lugar de su reflejo se encontraba el de Mérida cubierta de sangre; ella miraba al frente gritando horrorizada y retrocedió hasta caer inconsciente, después se levantó apoyando sus brazos débiles en el suelo para ver a la chica de forma seria y se acercó al espejo hasta poder tocarlo. Carla intentó gritar, pero su voz no respondía, giró para correr, pero cayó al sentir cómo alguien tomaba su tobillo impidiendo que se moviera; al intentarlo sintió unas uñas que se clavaban en ella causándole dolor, esto hizo que su cuerpo se moviera bruscamente para poder liberarse.

No volteó en ningún momento al no querer ver la imagen que se desarrollaba detrás de

ella, aferró sus manos y uñas al suelo logrando impulsarse lo suficiente para levantarse; ignorando el dolor, siguió avanzando sin ser consciente de a dónde iba, solo quería escapar.

Llegó a un pasillo que desconocía, esa no era su casa, un toque en su espalda la hizo congelarse, empuñó sus manos temerosas y se preparó para seguir con su pesadilla; giró lentamente, no había notado que sus ojos estaban húmedos. Se encontró con un espejo de mano en el suelo, miró a su alrededor mientras caminaba hacia él, aterrada lo levantó y vio dentro a Teresa de rodillas llorando; lo lanzó con rabia haciéndolo añicos.

—Carlita... —alguien pronunció de forma dulce su nombre.

Abrió los ojos temerosa para después dirigir su vista a la mujer detrás de ella.

—¿Mamá? —pronunció con dolor tomando distancia de ella.

—Hija... Déjame darte un abrazo... —Extendió las manos con lágrimas en los ojos, esperando a su hija con fervor.

—No...

Su madre bajó los brazos con tristeza y dolor.

—Pero... ¿por qué?...

Carla se negaba, alejándose cada vez que se acercaba.

—Porque... tú no eres mi mamá...

Lo último que vio fue a su madre llorar cubriéndose el rostro, despertó en su habitación con una brisa fría en el ambiente, sentía un vacío en el pecho y tenía ganas de vomitar; secó sus lágrimas con su manta repasando las cosas de su sueño o, más bien, pesadilla. Se sentía demasiado real, incluso su tobillo palpitaba como si tuviera una herida, miró la hora en su teléfono y prendió la linterna.

4:02.

No quería estar en completa oscuridad. Se levantó a ciegas, tanteando la pared, en busca del interruptor, se topó con él y lo presionó para iluminar toda la habitación, caminó hacia su cama viendo de reojo su escritorio, no le tomó importancia cuando logró notar que el libro de los espejos no se encontraba.

Esa noche no pudo conciliar el sueño.

X

Por la mañana se preparó para ir a la escuela, esta vez sin arreglar nada en su mochila, salió después de desayunar junto a su padre. Él, al notarla extraña, le preguntó sobre su noche, pero Carla solo se limitó a contestarle que había soñado con mamá, lo cual bastó para que él la dejara comer en silencio, sin volver a preguntar de nuevo. Toda la mañana estuvo callada, Miguel no había asistido porque se había enfermado, le mandó un mensaje sobre su estado y preguntándole sobre su estadía con Teresa, ella quería llamar a sus padres, pero no tenía el ánimo para hacerlo, tampoco quiso explicarle por mensaje lo ocurrido con ella, por lo que solo escribió algunos textos cortos.

Varios de sus compañeros preguntaron sobre su herida en el brazo y la ausencia de Teresa,

pero ella solo daba algunas mentiras creíbles y seguía fingiendo que ponía atención a las clases. Mientras revisaba los mensajes en su teléfono, por su mente pasó la idea de que Daniel había oído todo lo relacionado con Teresa, dejó caer la cabeza en su libreta sin querer pensar en nada ya. Contó los minutos para irse de la escuela y pasar a la biblioteca con Any, al entrar fue directo a la zona de cuentos para niños y tomó el primero que se cruzó en su vista; saludó a Any deseándole buenos días, pero esta la detuvo para regañarla.

—¿Otra vez la misma cara del otro día?
—Sus ojos pequeños se achicaron más y sus labios formaron una línea recta, mientras azotaba un libro suavemente en su cabeza.

—Es que soñé feo... Y necesito una distracción para mejorar el día. —Alzó ligeramente el libro que tenía y lo posicionó cerca del rostro de la anciana, ella lo miró extrañada y después caminó hacia el mostrador.

—Entonces llévalo a tu casa, no te quiero aquí esta semana. —La anciana abrió un cajón y comenzó el procedimiento común para la renta de un libro.

—¿Qué?! ¿Pero por qué? —Se quejó la chica azotando sus manos en el mostrador y arrepintiéndose al instante, al notar la mirada asesina que Any le lanzó.

—Con la escuela y la biblioteca te vas a estresar y se ve que no te ha ido bien estos días —dijo apuntando a su brazo con las vendas. Carla se encogió ocultando su brazo por debajo de la plataforma y Any la miró con sus manos en la cintura—. ¿Qué te pasó? —La chica pelinegra bajó los ojos quedándose en silencio.

—No sé, me... Una... amiga me arrojó una taza, creo que se enojó conmigo o, más bien, me confundió con alguien más —explicó sin saber muy bien cómo decirlo sin que sonara raro.

La anciana abrió los ojos, rasgando el papel con la pluma, y gritó indignada.

—¿Te lanzó una taza?! ¿Esa es tu amiga? Por eso te he dicho que cuides bien tus amistades, pero nunca me haces caso, es mejor andar solo que mal acompañado —comenzó a farfullar la anciana en voz alta, al mismo tiempo que llenaba un documento.

Carla sonrió levemente mirando el cristal en el que sus manos estaban puestas.

—No sé qué le pasó, pero me agrada y... Yo me encargo, ¿sí? —Soltó un suspiro y terminó de hablar confiada, mirando a Any escribir.

La anciana gruñó, pero aceptó maldiciendo entre dientes.

—Cambiando de tema, un chico moreno vino ayer y quiso rentar el libro de los espejos, ¿aún lo tienes? —preguntó entregándole la pluma para que firmara.

Carla firmó distraída, recordando dónde había sido la última vez que lo vio, palpó su pecho por encima de su ropa y encontró el espejo que aún llevaba de collar, si no se equivocaba, el libro estaba encima de su escritorio.

—Sí, pero está arruinado así que no se puede leer muy bien, ¿y si lo busca en otro lado?

—Mmm... Sí, le diré eso en un rato que venga. Toma, ya te puedes llevar tu libro y asegúrate de descansar muy bien esta semana.

—Espero que así sea, gracias, Any. —Se despidió con la mano saliendo de la biblioteca con su mochila en su hombro.

Cerró la puerta detrás de ella y caminó lentamente, se había distraído lo suficiente y tenía mejor humor que en la mañana. Pasó por un parque y vio a los niños jugar en los juegos que se encontraban en ese lugar; sintió su celular vibrar mientras reproducía una canción, antes de

sacarlo se acercó a un arbusto, se mantuvo alerta y miró a todos lados.

—¿Hola?

—¡Carla! —era la voz de su padre sonando de forma cortada y algo lenta—. ¿Tardarás mucho en venir a casa?

Su tono la hizo alertarse y apretar más el celular a su oreja.

—Papá, ¿qué pasó? ¿Sucede algo?

—No, no, no te preocupes. Solo apresúrate, ¿sí?

—Sí, voy para allá. —Carla guardó su celular de nuevo y empezó a caminar rápidamente, no se le ocurría ninguna razón por la cual su padre hablara de esa forma; giró en una esquina y pasó de largo por varias casas.

—¡Oye! —Carla no giró ante el llamado pensando en que había sido para otra persona, pero alguien la sujetó de la mochila haciendo que se detuviera.

—¡Tú! —gritó ella al girarse, soltándose del agarre de Daniel, él la miró seriamente y comenzó a hablar.

—Escucha, la señora Andrea me dijo que tú tienes el libro de los espejos y que me lo podías prestar, la cosa es esta: ahora lo necesito —demandó. Ella volvió a sus pasos ignorándolo y sujetando la correa de su mochila—. ¿No me oíste? —se escuchó a su lado.

—Tú eres el que no me escuchó la última vez, yo pagué todos los daños al libro, ¿y ahora quieres tenerlo de nuevo? Así no funcionan las cosas. Y aunque lo tuvieras no podrías leerlo, me lo devolviste mojado, ¿no?

—Mira... Solo lo necesito un momento para ver algo, es todo lo que haré. ¿Quieres dinero? ¡Bien! Te pagaré lo que gastaste en los malditos daños, ¿ahora me lo puedes entregar? —habló irritado extendiendo la mano.

Esta vez fue el turno de Carla de mirarlo de arriba a abajo sin descaro, tenía puestos unos pantalones de mezclilla gris y una camiseta negra, era alto y su cabello era oscuro.

Era lindo, lástima que su actitud lo arruinara. Ella se detuvo enfrentándolo.

—¿Tú fuiste el otro día a pedir el libro, verdad? Eso lo explica todo, no te puedo prestar el libro porque lo estoy utilizando, pero puedes ver si en otras bibliotecas está disponible, claro, aunque será difícil, es antiguo. ¿Sabes lo que significa? Que es casi una ofensa arruinar sus páginas y, por ende, que te saldrá más caro.

—Claro que lo sé. —La miró disgustado—. Como tú dices, es un libro antiguo, en primer lugar, ¿por qué dejarían a una chica rentarlo aun sabiendo que puede ser muy valioso? No es muy inteligente de su parte. Como *nunca* se explicaron las condiciones para entregarlo de

manera correcta, solo pagaré los días de retraso y el costo de los daños.

—No. No voy a dártelo, ¿después de lo que pasó en tu casa? ¿En serio? No lo he olvidado, y ya te lo dije, lo estoy leyendo, además no lo traigo ahora para que lo puedas “ver”. —Finalizó haciendo comillas con las manos al decir la última palabra.

—Entonces te buscaré mañana y solo revisaré algo. —Determinó de forma seca. Sus ojos se desviaron a su brazo vendado y lo vio por algunos segundos, quitó la mirada y se fue por la calle contraria sin mencionar nada más.

—Supongo que algunas personas manejan mejor las pérdidas que otras —murmuró al aire viendo al chico alejarse, aún se sentía mal, en verdad parecía que no le importaba su hermana.

Carla llegó a su casa y abrió la puerta apresuradamente, vio a su padre sentado en

el sillón, quien, con una seña, le pidió que se sentara enfrente de él, ella acató la orden jugando con sus manos nerviosamente.

—Carla... Teresa no ha aparecido desde la noche en la que se vieron. —Su estómago se revolvió mirando a su padre con asombro.

—¿¡Qué!?! Pero si yo les dije a donde se había ido, y hasta pareció que su mamá no me escuchó. —Recordó el caminó por donde Teresa corrió, tal vez tuvo un ataque de pánico; luego vinieron a ella esas horribles pesadillas de la madrugada.

—Solo quiero que tengas cuidado cuando salgas y me llames, sé que no la has estado pasando bien, pero ¿por qué no te quedas en casa estos días descansando?

—De hecho, Any me envió a descansar y ya no puedo ir hasta la próxima semana así que me despidieron temporalmente. —Sonrió sin muchas ganas para tranquilizarlo y caminó a su habitación—. Pero déjame hacer la tarea,

necesito revisar unos proyectos y no quiero desvelarme, cuando esté la comida bajo.

Carla entró a su habitación agotada, miró por encima de su escritorio levantando algunas libretas y hojas para buscar el libro de los espejos. *Y todo porque ahora sí se le dio la gana de leerlo,* pensó enojada. Buscó en sus cajones, en sus bolsas, dentro de su mochila, arriba de su ropero, en su cajonera, y no encontró nada.

—¡Papá!

—¿QUÉ?

—¡Agarraste el libro de espejos que tenía en mi escritorio?!

—¡NO!

Masajeó el puente de su nariz tranquilizándose, estaba entrando en pánico, no podía ni quería perderlo. Paseó por la habitación recordando sus antiguos pasos, los repasó una y otra vez sin llegar a una conclusión; recordó despertar en la noche después de la pesadilla

y no darle importancia al libro que había desaparecido, pero si nadie lo sacó debería de estar en su cuarto.

114

Veinte minutos después de haberlo intentado, se lanzó al suelo mirando al techo. No lo encontraba, pero era imposible, ella no se lo había llevado y nadie había entrado a su cuarto; pensó en Teresa, pero quitó esa idea de su mente con dolor, ese sería el último lugar que ella pensaría para esconderse y huir, también desechó la idea de que le había pasado un accidente en su momento de huida y por eso no regresaba.

Apretó el collar que tenía en el cuello pensando en el único video que habían tomado de Mérida, abrió los ojos enormemente y buscó en su celular el *link* que días antes Teresa y Miguel le habían reenviado. Bajó el volumen hasta dejarlo en modo vibrador, no quería escuchar los gritos de las personas. Agrandó la imagen en donde se mostraba ligeramente cómo

voltea hacia atrás suavemente y después se deja caer.

—No... ogra... enrlo...

Sujetó más fuerte su celular, inconscientemente, guardando silencio y se lo acercó al oído.

—El... es... jo...

Intentó repetir la palabra varias veces en su boca para imitarla, perdió la paciencia al no encontrar ningún sentido en los fragmentos que pronunciaba antes de soltarse; necesitaba respuestas y, aunque eso la hiciera ver de un mal modo, se arriesgó a desbloquear a Daniel y a mandarle un mensaje contundente.

Oye, no puedo encontrar el libro, pero tú querías respuestas y ahora es mi turno. Necesito que me expliques algunos detalles sobre Mérida.

Detuvo sus dedos cuando escribió una disculpa, no sabía si enviarlo.

Perdón por eso.

XI

Carla salió de la biblioteca a las cinco de la tarde, su padre se encontraba trabajando y el único modo de salir y que él se sintiera tranquilo era visitando a Any; no era del todo mentira que había ido, aunque fue más a dormir encima del mostrador que a ayudar. Quería ver si podía encontrar en bibliotecas cercanas el libro de los espejos, pero no tuvo éxito en ningún lugar. Vio a lo lejos una silueta borrosa que se le hacía familiar, era Daniel.

Caminó hacia él esperando que volteara, se le hacía raro, en el último mensaje no le dejó una respuesta clara ni se pusieron de acuerdo para verse, Daniel volteó hacia ella y dejó de teclear en su celular.

—Necesito que vengas conmigo —comenzó a hablar al ver la cara desconfiada de la chica—.

Creo que hay una chica que tiene una copia del libro en sus manos, la conocí por internet y sabe sobre estas cosas. —Las “cosas” eran los escritos raros que contenía el libro.

—¿Por qué no vas tú solo? —preguntó Carla viendo cómo él se tallaba los ojos con cansancio, se veía desvelado.

—Ya que no me quieres prestar el libro, quiero que vayas a acompañarme para mínimo verificar si es ese —dijo de forma obvia, dándole un leve empujón en la espalda para que avanzara.

—¿Prestar...? Oye, pero realmente se perdió, no sé dónde pueda estar —protestó inútilmente volteando hacia él.

—Sí, claro.

—Primero dime en dónde está, necesito volver a mi casa antes de las ocho. —Revisó la hora en su celular y activó una alarma por si se le llegaba a olvidar; miró el perfil del chico, este se tallaba de nuevo los ojos y parpadeaba

fuertemente, ella lo notó y decidió acercarse lentamente su mano hasta su teléfono, pidiéndole permiso con discreción, se sorprendió al no ver la resistencia del chico, pero no lo demostró, se lo quitó de forma suave, observó la dirección que el mapa apuntaba, ella conocía esas calles, era cerca de un parque con árboles extensos y zonas residenciales de mala muerte—. ¿Es por aquí? Sí sabes que esa zona tiene mala fama, ¿no? —Analizó el camino más corto para llegar alzando la mirada y mirando las calles posteriores.

—¿Alguna otra idea? Además, dudo que nos molesten si vienes conmigo. —El chico caminó detrás de Carla mientras ella los guiaba.

—Si nos apuramos, sí llegamos en poco tiempo... —Carla miró de reojo al chico girando sus ojos de forma desinteresada—. Entonces... ¿conociste a una chica en internet y decidiste que era una buena idea ir hasta su casa por un libro?

—Era linda.

—No es razón suficiente para hacer esto, si pasa algo malo o hay cosas raras, nos vamos de ahí, ¿entendiste? —Golpeó su uña en la pantalla del celular y escuchó un bostezo seguido de un “sí” cansado—. ¿A qué hora te duermes?

—¿Te han dicho que hablas mucho?

La chica ignoró su tono girando y sonriendo.

—Sí, no tienes idea de cuántas veces.

—Mejor cuéntame, ¿leíste el libro?

—preguntó el chico, y ella, sin mirarlo, liberó un sonido de afirmación con los labios. —Y... ¿sobre... qué habla?

—De todo, algunos conceptos básicos de los espejos, algunas leyendas a su alrededor, lo que representaban en el pasado, y no pude leer lo demás, pero es eso básicamente. —Pateó una roca que se encontraba por ahí, poniendo atención a los sonidos en la carretera.

—Ya veo... —respondió él acortando sus mangas.

—Última pregunta: ¿para qué querías el libro? ¿Lo ibas a leer? —Dejó ir su duda más reciente, esta vez no podría ignorarla.

—Solo quería ver si algo estaba ahí dentro, pero como dices que se te perdió... quiero comprobar si todos vienen así.

Carla dejó de preguntar y hacer ruido al entrar a una calle solitaria, se concentró en encontrar la fachada de la casa, también sintió cómo Daniel se acercó más a su cuerpo de forma tensa. Una burbuja de chat apareció en la pantalla del celular.

—Oye. —Llamó la atención del chico girando un poco—. Dice una chica que llegará al lugar acordado un poco tarde. —Terminó entregándole el celular, ya había memorizado las calles, solo necesitaba encontrar el cartel o al menos un número de casa.

—Espera, me está escribiendo, quiere que nos veamos en la casa azul y ella nos pasa a recoger mejor.

—Daniel, ¿seguro? —contestó rápidamente Carla, ella no confiaba en ese lugar, se había arrepentido y quería irse, tenía el dinero suficiente para tomar un taxi o el autobús.

Daniel se sorprendió al ser llamado de ese modo, tenía dos emociones diferentes atascadas en el interior: nunca le gustó su segundo nombre por las peleas con su padrastro y, por otro lado, empezaba a sentir culpa al traer a Carla ahí, se veía bastante inquieta, ¡y qué decir de él! No pudo ver las indicaciones en su celular por sus ojos que empezaban a ver borroso, estaba bostezando cada vez de forma más regular y para él tampoco era muy gratificante estar ahí, pero solo necesitaba el libro y se irían; la necesitaba, él nunca tocó el libro cuando estuvo en manos de Mérida, solo un poco más.

Una chica con un suéter de lana tejido y *leggings* negros llegó sorprendiendo a Daniel por la espalda, ella intentó saludarlo con un beso en la

mejilla, pero él se negó retrocediendo y alejando su rostro, la chica saludó a Carla de forma suave con la mano, a lo que ella le devolvió el gesto; era una chica rubia de ojos claros, se veía muy tranquila, la pelinegra se sorprendió de lo linda que era.

—Pensé que eras más bajito —pronunció la rubia con una melodiosa voz y, con las manos en la espalda, empezó a avanzar, Carla seguía sus pasos con el chico incómodo detrás de ambas—. Me alegra que hayas venido, estaba ansiosa por conocerte.

Carla se hizo un lado para que pudieran hablar de forma tranquila, no le gustaba hacer mal tercio, y revisó las calles en las que caminaban.

4 flor de mayo.

—Sí... También me alegra verte en carne y hueso, ¿sí traes el libro que te pedí?

—¡Claro! Pero ven aquí.

La chica entró a un restaurante perdiéndose de vista entre la gente, Carla aprovechó para tomar el brazo de Daniel.

—Creo que lo tienes todo controlado, así que creo que lo mejor será que me vaya. —Hubiera mentido si dijera que no quería ver la copia del libro, pero la chica no parecía notarla y eso la incomodaba de sobremanera.

—¿Qué? —Daniel suspiró con paciencia sin soltarse de su agarre—. Solo acompáñame a hacer esto, está a punto de dármelo, solo es entrar y salir.

Carla lo pensó maldiciéndolo y dándole internamente la razón. Tenía varios motivos para quedarse, pero esa chica la ponía incómoda y quería salir de ahí. Simplemente... no la tragaba.

—Entonces vamos y pides ya el libro.

La pelinegra dejó atrás al chico escabulléndose entre la gente, encontró a la chica mensajeando por celular y después Daniel

la alcanzó, él fue por una silla faltante dejándolas solas, ambas se miraron con sonrisas forzadas.

—¿Tú también estás interesada en el libro?
—preguntó la rubia dejando de lado su celular y entrelazando sus manos en la barbilla.

Carla sonrió escuchando a Daniel, quien se unió a la mesa.

—En realidad, sí, me gustaría leerlo cuando tenga oportunidad, últimamente he estado muy ocupada con los proyectos.

—¿Podemos iniciar con el negocio?
—interrumpió Daniel y la rubia asintió pidiendo a la camarera con una seña el menú del lugar.

—De hecho, yo paso, tengo que ir a mi casa, así que no tengo mucho tiempo. —Se disculpó la pelinegra interviniendo con su mano y cancelando la atención.

—Ambos, no tenemos mucho tiempo, ¿así que podemos pasar directamente a donde te doy

dinero y tú me das el libro? —Reprochó irritado el chico y sacó un billete de 200 pesos.

—¡Claro! —La chica abrió su mochila y se quedó congelada un segundo cuando metió la mano y revolvió sus pertenencias, subió la mochila a la mesa sacándolas una por una: primero un labial, luego un espejo mediano, una crema, un perfume.

No me digas que no lo trae, pensaron, sin saber, ambos chicos exasperados.

—¡Rayos! Creo que lo olvidé. —Tomó su mentón pensativamente, Carla sintió un escalofrío cuando la chica, al terminar su frase, se acomodó y los miró de forma profunda a ambos—. ¿Les gustaría ir a una fiesta? Estaba ahí antes de venir, el libro debe de estar ahí.

Carla no estaba segura de si la miraba a ella fijamente, pero eso le pareció, sus ojos, antes claros, ahora parecían opacos mientras la observaba dejándola paralizada.

—No podemos, tenemos que ir a visitar a una vieja amiga. —Daniel se levantó inclinándose un poco, la veía con seriedad. Con disimulo, jaló la ropa de la pelinegra para levantarla, ella reaccionó e hizo caso, ambos acomodaron las sillas.

—¿En serio? Es una pena, pero entonces solo acompáñame a traer el libro, ¿no? Creí que era importante...

Carla vio a Daniel dudar, miró hacia abajo viendo sus dedos temblar, ella apretó las manos; sí, estaba incómoda y la chica le daba mala espina, pero Daniel quería el libro y ella también necesitaba tenerlo, lo miró y le dio un codazo.

—Bueno... aún tengo un poco de tiempo, y dudo mucho que tardemos en irnos, igual ya estamos aquí, ¿no crees? —Ella lo convenció con la mirada; él, dudoso, mordió su lengua asintiendo duramente.

—Bien. —La chica rubia se levantó y caminó enfrente de ellos, salió del restaurante dándoles el paso y se quedó atrás por un momento, cambió su rostro a uno seco, los miraba de forma fría, sus ojos se desviaron al pecho de Carla, notando en un leve movimiento cómo se lograba ver una cadena de metal resalir de su blusa, clavó sus uñas en su brazo de forma molesta rasgando su piel, se detuvo al notar el líquido brotar de su cuerpo y escondió la herida con su manga, su cuerpo tembló inconscientemente por el dolor y sonrió levemente.

Ya casi.

XII

Todo el camino fue silencioso. Cuando Carla intentaba sacar un tema de conversación, Vanesa —como Daniel la había llamado— contestaba amablemente, pero no seguía hablando y se quedaba callada al terminar sus respuestas, la calle en la que caminaban estaba vacía, el sonido de sus pisadas era el único ruido en ese lugar, revisaba de forma constante la hora procurando organizar su tiempo, pero Daniel le negó con la cabeza y señaló a su muñeca donde reposaba un reloj, no era muy seguro que sacara el celular en esa zona.

—Nos estamos alejando mucho, ¿no? —comentó Daniel, disminuyendo el paso y mirando alrededor, había muchos árboles, parecía una arboleda como la de su casa, pero, al estar las lámparas rotas, se veía un tanto

oscura—. ¿Por qué hay...? —susurró para sí mismo de forma extrañada.

Vanesa entró al terreno de una casa vieja de dos pisos, Carla miró sorprendida el lugar y Daniel silbó de forma alargada con las manos en los bolsillos, tenía una barda que cubría el patio trasero y evitaba ver dentro para mirar mejor, eso era más grande que una casa normal. La chica los llamó con las manos hasta una puerta roja donde después tocó, la pelinegra miró pasmada a la rubia, no había avisado ni llamado a nadie de su llegada con dos extraños, ningún ruido se lograba escuchar afuera, Carla tuvo un mal presentimiento y tomó del brazo a Daniel para irse juntos, pero el sonido de la puerta al ser abierta los distrajo a ambos haciendo que se soltaran. Una chica de cabello rizado y castaño saludó a Vanesa dándole un beso en la mejilla, se hizo a un lado dejándolos pasar, pero sin presentarse y quedándose en la puerta, Carla intentó saludarla

con la mano, pero esta la ignoró pasando de largo. Vanesa los guió por la casa hasta llegar a una pequeña sala donde les pidió que se sentaran mientras ella iba por el libro, en los otros sillones se encontraban tres chicas hablando en voz baja, cuando llegaron al lugar los miraron en silencio, sin disimulo, y después volvieron a sus asuntos.

Daniel se sentó al lado de Carla y jugó con sus manos mientras esperaban, ella notó que seguía temblando a pesar de que no hacía frío.

—¿Qué te pasa? —pronunció con cautela para evitar ser oída por las demás, el chico miraba ansioso alrededor, pero exhaló de forma lenta.

—Solo tengo malos recuerdos... Esto no es una fiesta, ¿verdad? —Acercó su rostro al oído de Carla para susurrarle de forma queda, eso alertó a la chica y miró de reojo cómo ahora eran cinco chicas en los sillones, de vez en cuando los miraban fijamente sin hacer ruido y volvían a actuar con normalidad, notó también

cómo tarareaban una melodía dulce que parecía arrullar a Daniel, ya que empezaba a pestañear de forma pesada.

Sujetó la mano de Daniel fuertemente, lo que hizo alertar al chico. Con los ojos apuntó a los cuadros que decoraban la casa, donde se veía un túnel profundo en blanco y negro, estaba en medio de lo que parecía ser una carretera oscura, pero lo que hizo su estómago revolverse y su pulso acelerar fue la imagen de una persona desperdigada en las llantas de un tráiler, la pintura era muy detallista y real, lo cual la hizo desviar la mirada y entrelazar sus manos con miedo. Daniel sintió la adrenalina subir por su cuerpo y los rápidos latidos de su corazón, intentó disimular ante las chicas que se encontraban frente a él y buscó una salida por si las cosas empeoraban. Se topó con otro cuadro que le hizo abrir los ojos en grande y sudar frío, en él se veía una chica arrodillada frente a un

espejo llorando. Lo extraño era que su reflejo se mantenía de pie, viéndola de forma fría...

Un recuerdo vino a él de forma rápida.

Llegó de un partido victorioso de fútbol con una gran sonrisa; cuando escuchó ruidos, gritos y estruendos en la habitación de su hermanastra, corrió asustado y tocó la puerta desesperadamente, pero notó que tenía el seguro.

—¡MÉRIDA! —gritó alarmado al escuchar el estruendo del espejo al romperse y después el silencio de la habitación cubrirse con unos llantos desesperados y temerosos. Sintió cómo alguien le abrió la puerta y entró rápidamente, pero quedó paralizado al ver a la chica llorar con sus rodillas juntas, escondiendo su rostro en ellas, y con diversas cortadas; no fue en su ayuda por el shock en el que estaba.

Puede que estuviera alucinando ese día y los días posteriores a ese, pero le pareció ver su reflejo

de pie mientras ella se encontraba en el suelo, mirándola de forma seria y seca, con esos ojos opacos que su familiar nunca tenía, también le pareció ver por una milésima de segundo cómo desvió su mirada hacia él, sonriendo de forma sombría, como si no fuera humana.

Carla intentó hacer reaccionar al chico sacudiéndolo un poco, ambos prestaron atención a las chicas que se levantaron de forma sincronizada y cruzaron la sala hasta perderse en un pasillo del lado izquierdo como si las hubieran llamado o supieran que alguien estaba por llegar, la pelinegra miró cómo una chica se asomaba de una columna que provenía del lado derecho y después se alejó por ese pasillo.

Ella...

—¿Teresa...? —Jadeó Carla temerosa caminando hacia ella, Daniel la sujetó del brazo impidiendo que avanzara.

—No, escucha, tenemos que irnos de aquí, ¡a la mierda con el libro! —Le pidió rápidamente mirando a los lados.

—¡Pero mi amiga está aquí! —Se soltó de él enfrentándolo—. Necesito llevármela. ¿Qué pasará si ella no sabe lo que las locas están planeando? ¡Aún no vuelven, tengo tiempo! —exclamó corriendo hacia ese lado.

Daniel se llevó las manos a la cabeza haciendo su cabello hacia atrás desesperado, caminó hacia el pasillo por el que se fueron y se detuvo, pensó en irse sin ella, al final de cuentas había tomado su decisión.

Escuchó música en el ambiente reproducirse de forma suave, era apenas perceptible y ahí se dio cuenta de que ambos necesitaban salir; sea lo que sea que haya visto, él quería sacarla. Corrió sin mirar atrás intentando no hacer ruido.

Carla perdió de vista a Teresa y la buscaba efusivamente, tenían que irse ahora. Estaban en

un pasillo lleno de habitaciones bien equipadas como para estar sucias y con polvo, la música en el ambiente parecía cantos de iglesia en otro idioma, eso la hizo ponerse nerviosa. Un brazo intentó rodear su cintura y logró cubrir su boca, ella se alejó bruscamente, pero Daniel le siseó en el oído jalándola para esconderse en un cuarto con la puerta entreabierta. Su estómago se revolvió al percibir un olor nauseabundo, el chico cubrió su boca al sentir varios pasos cerca y ambos se quedaron callados. Daniel sudaba frío y apretaba la mandíbula mientras Carla tenía lágrimas en los ojos y contenía las náuseas, ambos cerraron los ojos al notar cómo las pisadas pasaron de largo frente al cuarto. Sostuvieron agitados la respiración esperando otro ruido, la chica miró a Daniel y apuntó a la puerta, él negó efusivamente y afianzó su agarre en ella.

—Carla...

La chica empujó a Daniel y logró caminar a la puerta para poder cerrarla con seguro, lo hizo de manera torpe y desesperada, pero silenciosa, recargándose en ella y cerrando los ojos con fuerza, se alejó suavemente imaginando que empezarían a golpearla.

El chico sacó su celular para intentar marcar a un número de entre sus contactos, pero lo llevó directamente al correo de voz sin escuchar los tonos de llamada; miró a los lados perturbado y soltó maldiciones por lo bajo, Carla lo miró de reojo comprendiendo al instante que era inútil intentar lo mismo.

—Daniel, vámonos. —La chica se dejó caer en la puerta queriendo vomitar, el cuarto olía horrible y estaba segura de que ese olor salía del baño, Daniel cerró con seguro la puerta de donde salía el olor fétido y se sentó a su lado. Ambos quedaron en silencio—. Mi amiga está ahí... No sé qué... ¿En qué nos metimos? —Sollozó triste

y escondió su rostro en sus rodillas llorando de forma suave, el chico la miró culpable e intentó abrazarla, pero se arrepintió y alejó su mano de ella.

—No lo sé... Pero vamos a salir de aquí y todo estará bien. —La chica no levantó el rostro—. Yo... lo siento... —dijo el chico de forma temerosa y temblaron sus labios al pronunciarlo—. Cuando te pedí el libro... era para ver porqué mi hermana se volvió loca buscándolo. —Carla lo miró en silencio limpiando sus lágrimas e hipeando un poco—. Empezó a comportarse raro, ¿sabes? Fue a ver a una anciana que le recomendó buscar ese libro... “Espero que dentro de él puedas obtener tu paz”. —Recordó cómo su ánimo mejoró notoriamente, pero todo empeoró al acusarlo de robar un espejo que era importante para ella, entonces comenzó a ser más agresiva, hasta el punto de lastimar a su madre, estaban

volviéndose locos. Entonces ahí explotó y no la quiso volver a ver, después de eso sucedió el accidente... Solo quería alejarse de la persona que arruinó su vida y dejar el tema del libro a un lado.

—¿Dentro...? —Carla tocó por encima de su ropa el collar y sacó el espejo de su cuello para mostrárselo al chico. Este la miró sorprendido y lo tocó con las yemas de los dedos.

—¿Cómo?

—Estaba dentro del libro cuando me lo entregaste... Daniel, escúchame, el libro hablaba sobre portales hacia demonios que podían poseer a las personas, estos las corrompían y consumían su alma hasta tener el control total... Si lo que dices es cierto, entonces puede que ella haya hecho o visto algo, al igual que Teresa —susurró lo último sintiéndose tonta, pero tenía sentido, los sueños no solo eran pesadillas. En algún punto, su mamá también los tuvo, es por

eso que, en su niñez, su casa nunca tuvo espejos, a su mamá le asustaban. Meditó lo último con cuidado uniendo todo. Mérida, el día que fue a rentar el libro, evitaba mirar al mostrador donde podía ver su reflejo, Teresa vio algo el día en que salió corriendo.

—Espera, eso es imposible, Mérida lo estuvo buscando todo este tiempo, incluso mamá la ayudó y no estaba en el libro. —Protestó buscando una solución al problema.

Carla lo escuchó con atención abriendo el espejo y observando su reflejo en él, si todo eso era cierto, entonces ella también estaría muy pronto como Teresa y Mérida, el espejo, a diferencia de la primera vez que lo vio, se encontraba intacto y limpio. Eso aún no lo entendía, ¿acaso cambiaba con el tiempo? La primera vez estaba roto y sucio; aceptó el hecho paranormal, un espejo normal no haría todo eso.

—Podemos discutir eso después... Escucha... Primero tenemos que salir de aquí, vámonos sin Teresa, eso ya... ya no importa, lamento haberte metido en esto —habló sinceramente colocando sus manos en la cerradura de la puerta y contó para abrirla.

Daniel la miró por unos segundos y sonrió de forma sincera, se levantó apoyando las palmas en sus rodillas y tomó su mano para jalarla suavemente y tomar su lugar. Él sería el primero en salir y en abrir la puerta.

—También tengo que decirte cosas, pero eso lo haré cuando salgamos —respondió de forma seria—. Antes de irnos... dime Francisco, soy Francisco Daniel —terminó de decir sonriéndole con cariño.

Carla hizo una mueca que se asemejaba a una sonrisa.

—Bien. —Se puso a su lado, preparada para correr—. Carla Aurora... —Mordió su labio

sintiendo un sabor metálico en su boca. Una idea sobre el collar en su mano llegó rápidamente—. Espera. —Indicó a Francisco mientras caminaba al baño de la habitación y abría la puerta, este abrió los ojos horrorizado al verla entrar y escuchó un golpe y que movía una bolsa, apretó su nariz al sentir el olor fétido intensificado en el ambiente. No era tonto, ya se hacía una idea de lo que podría haber ahí dentro. La vio salir con manchas rojas en su ropa y manos, ella cerró la puerta y se encaminó hacia él con una mano en el estómago y luciendo asqueada—. Vamos.

Francisco la miró serio, pero abrió la puerta levemente para mirar por el pequeño espacio, al no ver a nadie la abrió por completo y observó los pasillos, Carla apuntó al lugar por donde habían llegado, pero el chico negó y le señaló el lado contrario, él había visto varias ventanas en esa zona, si era necesario las usarían para escapar y mantenerse a salvo. Caminaron y bajaron unos

escalones con cuidado, la casa estaba oscura y se apoyaban entre ellos cuando tropezaban o se quedaban atrás, vieron cuadros grotescos como los de la entrada decorar los pasillos. Francisco detuvo a la chica al escuchar murmullos en el piso de abajo, le hizo una seña con su dedo sobre sus labios y caminó con ella tomados de la mano.

Se encontraban en la parte de arriba de una habitación que tenía varillas de metal que los soportaban. Gracias a la oscuridad de la sala, las velas prendidas resaltaron entre todo lo demás llamando la atención de la chica, Francisco trató de llamarla, pero quedaron mudos al ver a ocho personas en la sala, había cuadros y esculturas que empezaban a revelarse gracias a la luz de las velas, vieron un espejo en medio de la sala; arriba de él, Carla logró reconocer el libro que ella tenía en su casa.

Jadeó involuntariamente con sorpresa y, con una reacción rápida, Francisco cubrió su boca

tomándola de la nuca. Se acercó a ella, aún sin separarse, vieron a un anciano aproximarse al centro para abrir el libro en las páginas donde el espejo debía de estar, la pelinegra notó en una de las esquinas a su amiga quieta, mirando expectante los movimientos del anciano; había chicos y chicas que parecían ser preparatorianos y universitarios, el más viejo era el anciano que se encontraba en el centro. Francisco notó a Vanesa entre la multitud vestida de negro, su ropa era diferente a la que tenía al verse minutos antes, todos vestían de negro excepto el anciano.

Carla observó con detenimiento al señor en el centro, parecía decir maldiciones en otro idioma y después se quedó quieto, volteó lentamente la mirada hacia arriba y pareció verlos a ellos, Francisco apretó su agarre hacia la chica.

Eso es imposible, pensó sudando frío, la habitación estaba casi en completa oscuridad y no habían hecho ni un ruido.

—En verdad necesitamos ese collar... —pronunció de forma áspera el anciano en voz alta.

La chica sintió una vibración en su pantalón y entró en pánico, en menos de un minuto el celular sonó fuertemente dando a conocer la alarma programada para revisar la hora. Francisco, con la piel enchinada, notó a todos los presentes observándolos; a pesar de la oscuridad tomó la mano de la chica y empezó a correr guiándola, sin importarle el hacer ruido.

Carla se dejaba guiar por el chico, tropezando ocasionalmente mientras tecleaba rápidamente en su celular y subía su volumen al máximo. Tenía un plan, pero no sabía si funcionaría; cuando pararon de correr tomó el celular de Francisco haciendo lo mismo que con el suyo.

Llegaron a una ventana grande que daba hacia el patio de la casa, Francisco soltó a la chica e intentó empujar la ventana para abrirla,

pero notó el silicón transparente en los bordes. Carla vio un pequeño agujero en la pared en el que logró meter sus dedos, empujó los celulares dentro y escuchó el sonido de su caída hacia el pasto, se levantó y ambos vieron llegar por el final del pasillo a dos chicas sosteniendo en sus manos un par de cuchillos grandes de cocina, Carla giró para correr, pero fue sostenida por el anciano que colocó sus manos detrás de ella, escuchó el quejido de Francisco a lo lejos siendo sometido contra el suelo, se movió frenéticamente ante el agarre pero escuchó una carcajada detrás de ella.

—¡No puedo creer que haya sido tan fácil!
—Sintió una voz cerca de su oído hablando cínicamente—. Esto es lo que haremos: caminarás sin poner resistencia y no te haremos nada, ni a ti ni al chico, ¿entendido?

—¡¡VETE A LA MIERDA!! —rugió Francisco conectándole un cabezazo a la persona encima de él, con lo que logró apoyarse con sus

manos para levantarse y tirarla al suelo. Carla sintió algo apoyarse en su espalda, el anciano amenazó al chico mostrando en su mano el cuchillo que ahora mantenía apoyado sobre la chica.

—No me obligues a hacerlo... Tráiganlo.
—Ordenó al ver al chico quedarse quieto y desesperado. La pelinegra lo miró temblando, pero asintió de forma seria, tragó saliva duro, negando y gruñendo de forma cortada, dejando que los guiaran.

Llegaron al cuarto lleno de velas donde se encontraba el libro en el centro, Carla fue puesta de rodillas frente a este y Francisco fue llevado hacia atrás con las demás personas.

—Me sorprende que hayas caído tan fácil, tenías fama de ser inteligente, ¿lo sabías? —habló un señor de mediana edad, burlándose de ella y sacando una pistola pequeña de una mochila cercana.

—Y solo se necesitó de la cooperación de su amiga y del chico. Gran trabajo. —Aplaudió una señora observando divertida el semblante culpable del chico entre las personas.

—Veo que quieres comentar algo... vamos, te escucho —habló el hombre mayor acomodando el cuello de su túnica negra.

Carla vio entre la gente a su amiga y le habló de forma exaltada.

—No puedo creer que hayas planeado esto, ¿formaste parte de todo? ¡Vaya! ¡Fui una estúpida al creerte! —le gritó con voz temblorosa, sacando su ira y apretando los puños, se encontraba de rodillas.

Francisco miraba a la chica quebrarse, estaba desesperado, miraba alrededor buscando algo que les ayudara, pero no se le ocurría ningún modo de correr o poder escapar. Estaban rodeados y no sabían cómo llegar a la salida, en

el mejor de los casos llegarían al patio trasero y podrían saltar las bardas.

—No es su culpa... Está acostumbrándose, no te preocupes ya lo entenderás —habló la mujer pelirroja de ojos ámbar que sometía a Carla contra el suelo y, mientras sostenía su cabeza inmóvil mirando al frente, sintió otro par de manos sostenerla de igual forma.

Carla apretó los dientes calculando el tiempo para poder quitárselos de encima, alguien tomó su barbilla levantándola bruscamente.

—No somos tan salvajes... —exclamó la mujer metiendo su mano al cuello de Carla y arrancándole el collar—. Si no sigues nuestras órdenes o intentas cualquier cosa, matamos al chico.

Eso la hizo abrir los ojos con pánico y miró una pistola en una de las personas al fondo.

Se hizo un silencio sepulcral en el ambiente, tenían a Francisco amordazado, lo que hizo que

la chica se preocupara por no oírlo. Todos los presentes formaron un círculo a su alrededor y el anciano se sentó frente a ella con el collar en su mano, tomó una posición seria y acercó su mano al rostro de la chica.

30... 31... 32.

Sintió asco al percibir su tacto contra su mejilla y movió la cabeza bruscamente, pero el anciano la tomó fuertemente, obligándola a mirar al frente.

—¿Por qué ella...? —preguntó al aire expectante abriendo el espejo, la mujer detrás de ella, junto al chico, desvió la mirada evitando ver su reflejo.

—Míralo.

Colocó el espejo frente a ella, mirándola, asegurándose de que lo viera. Carla miró a los lados evitándolo, pero el anciano hizo una seña con la cabeza mientras escuchaba a Francisco quejarse y jadear dolorosamente. La chica cerró

los ojos fuertemente antes de abrirlos y mirar el espejo directamente.

40... 41... 42.

Esperaron por algunos segundos analizando la mirada asustada de la chica, hasta que sintió cómo aflojaron el agarre que tenían sobre ella y se quitaron de encima. La chica apretó los labios y el anciano cerró el espejo de forma seria, levantándose para darle el collar a otro joven.

—Tu madre puso más resistencia.

Un sonido fuerte hizo que los presentes voltearan alarmados al notar que eran las sirenas de un coche de policía, era lo suficientemente fuerte para que se levantaran y empezaran a susurrar; se dispersaron y caminaron rápidamente. Carla vio a la chica rubia gritar alarmada.

—¡Vámonos de aquí!

—¡Esconde la pistola!

Se escucharon gritos mezclándose, el ambiente se volvió desesperado y ruidoso. Carla sintió un tirón del cabello que la hizo ponerse de pie bruscamente.

—¿Qué carajo hiciste?! —gritó el joven que tenía el collar, apretando su agarre y causando quejas en ella.

—Llamé a la policía —confesó con obviedad rasguñando sus muñecas—. Y dudo que quieras ir a la cárcel, ¿verdad? Pero si en una habitación hay una bolsa llena de sangre eso quiere decir que en las demás también... Qué incriminatorio...

Al terminar de decir aquello, el chico alzó el puño furioso, dispuesto a golpearla. Ella palpó en su pantalón buscando desesperadamente el cristal que antes había tomado en el baño, lo rozó con la yema de los dedos y lo empuñó cortándose la palma, lo clavó en el ojo izquierdo del joven con fuerza, provocando gritos ensordecedores. La chica se deshizo del agarre, recogió el collar

que había caído y corrió sin mirar atrás. Vio a Francisco buscándola entre la multitud y sonriendo aliviado al verla.

Ambos se tomaron de la mano y corrieron hacia una ventana saltando y esquivando algunas velas y mesas. Un par de manos sostuvieron el brazo izquierdo de la chica y la jalaron; se encontró consternada con Teresa.

—¡Carla! —gritó Teresa jalándola hacia ella. Francisco soltó a la chica, tomó una mesa y obtuvo impulso para estrellarla contra el cristal, el cual se hizo añicos y cortó algunas partes de su rostro, intentó cubrirse con los brazos cruzados cuando giró y vio al anciano, acompañado de dos adultos, buscarlos con la mirada.

—Carla... L-lo siento tanto... Yo... Solo quería mostrarte... que eras importante para mí... —Teresa sonrió de forma quebrada con lágrimas saliendo de sus ojos y envolvió con sus manos su brazo desesperada.

—¡Carla! —gritó Francisco sentado en la ventana, extendiendo su mano hacia ella y suplicando con la mirada. —¡Ya vienen! ¡Tenemos que irnos!

Teresa la miró dolida, negando suavemente con la cabeza y mordiendo sus labios. —Por favor... no te vayas... No quiero estar sola... N-no sé qué me pasa... —Terminó sin que las lágrimas la dejaran continuar, cerrándole la garganta.

Carla vio ambas miradas suplicantes hacia ella, sus ojos se llenaron de lágrimas y se liberó del agarre de su amiga, giró hacia Francisco, tomó su mano y subió con él a la ventana.

—Ven conmigo... —Miró a su amiga suplicante y le extendió su mano, Teresa la observó triste y retrocedió dándole la espalda—. Por favor...

Francisco tomó su hombro y conectó una mirada con ella, al ver al anciano correr hacia

ellos, la inclinó hacia delante dándole la señal, ambos saltaron sin mirar atrás y cayeron al pasto mojado de forma estrepitosa, sintieron las gotas de lluvia empaparlos y se ayudaron a levantarse mutuamente. Corrieron hacia la barda de cemento, Carla cogió los celulares que vio estrellados y mojados en la zona donde los había lanzado, Francisco esperó a que ella subiera la pared y la vio sostenerse de los ladrillos y el cemento, escalando con dificultad, la impulsó ligeramente de la cintura ayudándola a llegar a la parte de arriba, él subió de forma torpe resbalándose en dos ocasiones, la chica saltó al otro lado raspando sus rodillas al tocar el suelo y Francisco miró por última vez hacia las ventanas viendo la silueta de una chica que los observaba.

Llegó al suelo y se levantó con dificultad, Carla lo ayudó tomando su brazo y ambos corrieron torpemente hacia la calle, alejándose

de la casa. Al paso de los minutos disminuyeron el paso, temblando agitados.

—¿Cómo...? ¿Cómo los engañaste?

La chica lo miró confundida e intentó prender ambos celulares.

—No había ninguna patrulla —afirmó Francisco.

—Ah... realmente no creí que fuera a funcionar... —Ella sonrió levemente mirando hacia el suelo—. Solo programé una alarma para que se activara en cinco minutos e hice lo mismo con tu teléfono, por eso intenté lanzarlos en diferentes partes para que sonara más fuerte, supongo que el silencio ayudó... o la lluvia—. Vio al frente buscando con la mirada un taxi o algún autobús, pero no encontró nada.

Francisco quedó en silencio y la miró por un rato, él no había pensado en algo así, la chica señaló un árbol grande que los podía resguardar de la lluvia.

—Ya nos alejamos lo suficiente.

El chico asintió, pero miró atrás precavido, ambos se sentaron juntos y quedaron mudos, vio cómo la chica se llevó las manos al rostro tallándolo con fuerza.

Estaba llorando.

—¿Lograste llamar a tu... papá? —preguntó con cautela, recordando lo que habían mencionado en aquel lugar, la chica sorbió su nariz y tocó la pantalla de su celular asintiendo dudosa.

—Logré activar mi ubicación... Supongo que ya la vio. —Jugó levemente con el celular en sus manos y le extendió el suyo al chico.

—Perdón por hacer que pasaras todo eso. No debí de haber ido por ese libro —dijo sintiendo el frío calar sus huesos—. Tampoco debí decir esas cosas de Mérida...

—¿Querías saber lo que le había pasado? —Carla se abrazó a sí misma y observó

el perfil del chico, seguramente tanto Teresa como Mérida miraron el espejo, eso debió ser lo causante de que ambas cambiaran, cuando estuvo encerrada con Francisco en el cuarto, y al ver que querían que mirara su reflejo en el collar, pudo comprobar sus teorías.

El espejo elegía a las personas de las que quería formar parte, es por eso que los demás desviaron el rostro, para evitar verlo. También pudo librarse de su reflejo al cubrir el cristal con la sangre de la bolsa negra que había abierto en el baño; aunque intentó romperlo, no contaba con nada a la mano que la ayudara así que decidió cubrir su imagen, a pesar de eso pudo notar que la sangre, ya seca en la superficie, resbalaba un poco, mostrando varias sombras moverse del otro lado y marcas de manos azotarse violentamente contra este, en el libro se referían a estas como demonios que elegían almas para corromperlas,

pero para eso necesitaban ver a la persona y colocarse en su mente.

Ella logró confundirlos.

No pudo salvar el libro de ellos, pero suponía, por lo que le había dicho Francisco, que el collar era importante y, posiblemente, la razón por la que Mérida lo buscaba con tanto esmero era para ayudarse a sí misma a dejar de ser un juguete.

—Sí... Ahora puedo entenderla mejor. ¿Sabes?, se juntaba con algunas chicas que adoraban a los demonios... Nunca me cayeron bien, y luego todo comenzó a ser diferente... Todos en mi familia empezamos a ver cosas raras, creí que era ese fenómeno donde, si veías mucho tiempo un espejo, tu cerebro te daba malas jugadas, en el fondo sabía que no era eso... pero me daba miedo.

Ella lo vio preocupada y guardó silencio.

—En algunos casos la desconocía y nunca escuchaba, pero en otros lloraba entrando en pánico y rompía todos los espejos de la casa. Entonces... entonces ella lastimó a mamá. —Pasó la mano por su rostro desesperado y prosiguió—. No tienes idea de cómo me sentí al verla con un cuchillo mientras mi madre estaba sangrando de la cabeza y el brazo... yo la empujé, alejándola de ella, y le grité que no se volviera a acercar a nosotros, pareció reaccionar, pero eso ya no me importaba... Durante esos días no le volví a dirigir la palabra, entonces llegó aliviada con un libro en las manos que había conseguido en la biblioteca. —Carla asintió recordando la única vez que interactuaron—. Nunca le hice mucho caso a lo que decía, pero dijo... “Si alguien los pudo liberar, entonces también se pueden volver a encadenar”. —El chico abrió los ojos como si hubiera descubierto algo. —Carla... —Ella lo miró con atención

sujetando su hombro en señal de apoyo—. Mirar el espejo, ¿qué significa?

—...

—...

—Cuando te conté sobre el espejo omití algunos detalles, pero, al parecer, puede estar habitado por seres de otro mundo... o demonios... Y ellos te eligen cuando miras el espejo para poder consumir tu vida.

...fungió como una fuente de conocimientos ocultos, oráculos o presagios, ya que de él podían emerger, según lo demuestran algunos textos e imágenes, seres procedentes de otros mundos.

—En épocas anteriores debieron de adorarlos y tratarlos como dioses, pero claro... no lo eran. Además... estoy segura de que todas las personas que vimos en esa casa ya habían visto el espejo, o al menos ya estaban siendo poseídas. —Corrigió

lo último recordando a Teresa pedirle disculpas. No era su culpa, claro que no, pero sentía que esa era la última vez que vería un indicio de ella, también recordó cómo se vio en el espejo la primera vez y este se veía sucio y roto, sin embargo, al verlo en la casa, lucía impecable, sin tomar en cuenta la sangre que tenía plasmada.

Al parecer alguien había cambiado de opinión con respecto a ella.

—No me jodas... No me... ¡Ugh! —Se tomó la cabeza y maldijo en voz baja.

—¿Qué pasó? —Carla notó cómo la miró de reojo asustado y tragó saliva lentamente.

—Yo... Es solo... ¿Estás segura de...?
—Soltó un par de groserías al no poder completar una frase.

¡Demonios solo dilo!, gritó en su cabeza tomando coraje.

—¿Recuerdas que te dije que Mérida había perdido el espejo? Cuando ella vino con el libro,

lo vi claramente encima de su cama, después desapareció y empezó a culparme... pero jamás lo tomé yo. —Masajeó sus sienes intentando alejar el dolor de cabeza—. Vi... tal vez unas horas antes... a mi mamá buscando un espejo y, cuando lo encontró... se miró en él mientras se acomodaba el cabello...

—¿Crees que ella... ahora sea diferente? ¿O... que lo haya escondido a propósito de Mérida?

—Sé que... no estuvo bien como traté a Mérida en sus últimos momentos, estaba enojado y asustado... pero eso no compensa mi trato hacia ella... —Agachó la vista avergonzado y, con lágrimas en los ojos, clavó sus dedos en el pasto—. Y... me he estado reprochando... porque no estuve a su lado cuando más lo necesitaba... Desde de que ella se fue me he estado culpando y el dolor es más porque vi por todo lo que pasó... Ni siquiera tuve tiempo de despedirme...

Dejó caer su cabeza hacia atrás golpeándose con el tronco del árbol, Carla lo miró entendiendo sus sentimientos, ella también había dejado a una amiga por no saber comprenderla y ayudarla.

—No estoy segura de eso... No con todas las personas funciona. —Lo negó frente a él, pero en el fondo varias ideas se conectaron. La única persona que pudo tomar el espejo debió de ser su mamá o padrastro y, si eso era así... tal vez no debería volver a casa, tal vez los seres en el espejo no los habían visto, pero las personas sí. Si ella hubiera lastimado a quienes ama, jamás se lo hubiera perdonado—. ¿Cómo era la relación de Mérida y tu mamá? —preguntó cautelosa, él la miró y sostuvieron la mirada por unos segundos, sus ojos verdes se veían opacos y cansados.

—Eran... muy unidas. Creo que no soportó el hecho de que la haya lastimado y decidió quitarse la vida antes de llegar más lejos... Más bien, estoy seguro de que fue eso. —La miró un

poco más de tiempo y se recostó sobre su hombro lentamente pidiendo permiso, ella no hizo nada, se veía cansado y realmente lo merecía—. Ya se tardó, ¿no? —habló en voz baja queriendo transmitir un mensaje: *Si no llega... Nos vamos.*

Ella sintió una punzada en su corazón y tembló al escucharlo.

—Tal vez viene en camino... Puedes dormir. —Se acurrucó a su lado intentando ignorar el frío y el mal presentimiento que tenía—. Ha sido un día largo, te despierto en un momento... —Al escuchar esas palabras, cerró los párpados cansado, no quería dormir... Al menos aún no—. Vendrá en un momento... No te preocupes.

Escuchó el susurro dejándose llevar por la oscuridad, lo último que sintió fue la caricia en su cabello que lo relajó por completo.

XIII

Carla aguantó las ganas de llorar evitando hacer ruido y moverse para no molestar al chico, habían pasado alrededor de 10 minutos. No tenía ningún mensaje ni señal de su padre, intentó prender su celular, pero no funcionó; además, dejaba manchas de sangre en la pantalla que le daban un profundo asco y ganas de vomitar.

Ya eran alrededor de las nueve de la noche, por lo que estaba oscureciendo cada vez más y ambos seguían ahí en medio de una tormenta, sintió al chico acurrucarse y soltar un quejido ante el frío. No podían quedarse ahí, aunque ella quisiera esperar a su padre, ellos necesitaban irse y la casa de Francisco tampoco era una buena opción.

La biblioteca...

Recordó que Any siempre tenía un vidrio flojo por si algún día olvidaba las llaves del lugar, había entrado así múltiples ocasiones y solo ella sabía cuál de todos era, pero sus músculos ardían y no se creía capaz de doblarse para poder entrar. La palma de su mano había dejado de arder gracias al frío, sintió la vibración de un celular y lo tomó torpemente viendo que era el de Francisco.

El número estaba guardado como “Claudia” y, por los ojos verdes, supuso que era su mamá, dudó en contestar, pero al final lo hizo colocando el teléfono en el oído izquierdo.

Escuchó pasos lentos y cuidadosos caminar por lo que parecía ser una superficie de madera, algunas respiraciones pesadas y después una puerta abrirse cuidadosamente. Soltó un jadeo involuntario al escuchar la voz de su padre hablando históricamente.

—Sí, sí... ¡No! Carajo. No sé dónde está...
—Hubo un golpe seco y maldijo otro par de veces—. No me ha llamado... ¡Ella nunca se hubiera ido sin avisarme! ¡MIERDA! —Su cuerpo se congeló, su estómago se contrajo notando su vista borrosa, su garganta se cerró y quiso decir nada.

No...

Se lograron escuchar algunos golpes en la puerta y Mauricio levantó la cabeza encaminándose a ella, sus pasos formaron eco y un grito con fuerza se oyó.

—¡¿CARLA?!

Los pasos se detuvieron cerca de la puerta y una risa enferma se escuchó. La llamada se cortó dejando en suspenso a la chica, con la mano aún levantada sobre ella, miró que un mensaje llegó en la pantalla de bloqueo junto con una foto.

Sabemos donde estás...

Otro mensaje se alcanzó a ver y ella se cubrió la boca apretando el celular.

¿Vienes tú o vamos nosotros?

Carla sintió cómo le arrebataron el celular y tomaron el suyo. Vio a Francisco lanzarlos con todas sus fuerzas para después acercarse, la sujetó de los hombros y le gritó de forma alterada.

Ella no lo escuchó.

Ni siquiera se dio cuenta de que había despertado y se había alejado de ella. Solo pudo verse las manos y perdió la noción del tiempo.

Francisco la tomó del brazo y la levantó, miró la lluvia del lugar apretando la mandíbula y salió corriendo con ella, intentaba no tropezar y seguir avanzando, pero todo su cuerpo dolía y la oscuridad en el lugar no ayudaba, sintió a la chica tropezar rompiendo con su agarre y giró rápidamente para ayudarla.

—Carla... ¡Carla! ¡Escúchame! —La sujetó por los hombros para mirarla a los ojos, ella se

escondió de su mirada sujetando su blusa en la zona del corazón y lloró fuertemente.

—No... ¡No puedo! —Se lamentó respirando agitadamente y temblando, él la soltó, se alejó de ella y le dio su espacio—. Tengo miedo... —Sollozó—. N-no puedo moverme... Ya no tengo fuerzas... Mi papá...

Él la miró comprendiendo la situación, había escuchado y quedó igual de helado que ella, contuvo sus lágrimas al pensar que también pudieron llegar con su madre y lo que podrían estar haciéndole. Apretó los puños, pero se obligó a relajarse hincándose a su altura.

—Sé que es una mierda estar aquí... Lo sé, ¿sí? Pero necesito... que vengas conmigo y nos concentremos en escapar... —Juntó su frente con la de ella cerrando los ojos para darle algo de apoyo, entrelazó una de sus manos y la levantó suavemente—. Te prometo que estaremos juntos... Y saldremos de esta. —La miró triste

y avanzó hacia adelante sin dejar de mirarla. Carla tomó fuerzas obligándose a concentrarse, se limpió las lágrimas con su brazo y corrió al mismo tiempo que él.

—¿A dónde iremos? —preguntó jadeante y estornudando Francisco.

—A la Biblioteca Park...

Él la miró sorprendido, pero asintió obedeciéndola.

Ambos se detuvieron en la entrada de cristal, Carla rápidamente fue a una esquina del edificio y, con ayuda de sus dedos, empujó un vidrio que se separó lentamente del marco de la ventana, entró con cuidado, ansiosa por sentir el calor del lugar, y permitió a Francisco entrar; cerró cuando entró por completo, volviendo a poner el cristal algo flojo en su lugar, colocó un carrito lleno de libros frente a él y se levantó temblando.

Verificó que las cortinas estuvieran cerradas y fue a la habitación de descanso donde tomó algo

de ropa y unas mantas, antes de salir se cambió rápidamente con la ropa que a veces dejaba en el lugar, suspiró aliviada al sentir las prendas secas y se envolvió en una manta, prendió la cafetera con el calor al máximo, salió apurada y vio al chico frotarse las manos y encorvarse.

—Toma, cámbiate o te enfermarás.
—Le arrojó una manta y ropa grande de los familiares de Any, le apuntó con la cabeza al cuarto y el chico caminó abrazándose a sí mismo para evitar mojar la ropa que le había dado. Al terminar de cambiarse, miró la cafetera suspirando cansado, salió y se encontró con Carla envuelta en la manta detrás del mostrador. Se acurrucó a su lado y vio cómo observaba el collar entre sus manos.

—¿Lo manchaste para no verlo? Qué lista...

—Al parecer no fue suficiente... Siento que acabo de perder todo y no me gusta, parece que me estuvieran persiguiendo...

—Lo perdimos todo... No puedo volver a casa... Y tú... hum... bueno, ¿qué piensas sobre eso?... —dijo mordiéndose los labios por preguntar algo tan estúpido, aún estaba incómodo por lo que logró escuchar sobre la llamada, pero eso simplemente se le salió de los labios.

—Estoy enojada... muy... muy enojada... si nunca me hubiera metido en esto, esto jamás hubiera pasado y todos estarían bien... —respondió recordando a su amiga, a su padre y...

Miró a Francisco con pena, él también estaría a salvo si ella jamás lo hubiera buscado, sujetó el espejo con fuerza y se levantó para lanzarlo con rabia contra un estante cerca de la pared, este provocó un sonido largo y un crujido indicando que el cristal se había roto.

Carla quedó en silencio unos segundos, con lágrimas amenazando con escapar de sus ojos,

rasguñó sus antebrazos y se levantó en busca del collar, quería despejar sus ideas antes de comenzar a llorar.

—No creo que sea culpa de nadie... Ya veremos cómo...

Una risa retumbó en el lugar erizando la piel de ambos chicos. Carla no escuchó hablar a Francisco, pero sí pudo oír la voz de un niño, retrocedió unos pasos buscando entre la oscuridad de dónde había llegado el sonido, se oyeron varios pasos correr y algunos caminar entre la oscuridad de la habitación.

—¿Francis... cómo...? —Vio una sombra frente a ella sentada en el suelo, pero, cuando dijo el nombre del chico, esta se levantó estirándose por completo, vio cómo tuvo que encorvarse para poder entrar al cuarto.

Era... muy alta.

Carla gritó horrorizada al verla acercarse a ella en cuatro patas, corrió, resbalando en una esquina,

para llegar al mostrador de la entrada y poder prender las luces, pero vio otra silueta caminar en cuatro patas por esa zona.

En otra parte de la habitación, Francisco pasaba por algo similar, escuchó las risas de niños en el lugar acercándose a él con algunos susurros, pronto eso se convirtió en un llanto que lo dejó helado y el sonido se hizo más insoportable al volverse gritos desesperados.

Estando en partes diferentes de la biblioteca, ambos se escondieron entre los pasillos llenos de libros. Carla cubrió su boca escuchando con atención cómo las voces se alejaban de ella, quedó inmóvil sujetando sus rodillas y, por un momento, se permitió procesar los eventos ocurridos anteriormente.

Todo estaba cerrado, nadie pudo entrar, mucho menos por la ventana, y solo Any tenía una copia de las llaves aparte de las originales.

Las sombras parecían las que había visto en sus sueños, borrosas y aterradoras...

¿Es porque arrojó el espejo?

Un grito desesperado de mujer la hizo jadear y pegarse más a la pared, entrecerró los ojos inquieta para agudizar su vista y correr de ahí.

Salió apoyándose en sus manos de forma lenta.

Quedó en silencio intentando escuchar algún sonido que pudiera delatar al culpable, se alzó lentamente, pisando con cuidado para no hacer eco, recargó su mano en una pared y la tentó a oscuras para no caer o chocar, escuchó los latidos de su corazón acelerarse e intentó buscar al chico, avanzó extendiendo los brazos y tocó una superficie plana en la pared...

Era un espejo.

Retrocedió asustada provocando que chocara con una silla de madera que retumbó en el lugar al caerse, caminó en silencio a un

lado del mostrador y contuvo la respiración al ver un niño que pasaba por el lugar observando alrededor.

—Carla... —susurraron varias voces cerca de ella y abrió los ojos aterrada al reconocer la voz de Any, sintió cómo tomaron su rostro y pudo ver entre la oscuridad, llorando confundida, la sonrisa de la anciana.

—Me alegra que estés bien... —mencionó mientras la abrazaba por los hombros de forma aliviada. La chica, impactada, quedó inmóvil y la miró acurrucarse en su hombro.

—¿Cómo...? ¿Cuándo entraste? —preguntó ella con un nudo en la garganta y temblando.

—Tengo llaves, ¿no es así? —contestó con amor Any, acariciando su mejilla y mirándola a los ojos—. Ven conmigo... —La chica lloró cuando intentó jalarla para salir de la biblioteca, detuvo su agarre clavando los pies en el suelo y sujetó su mano para que la soltara.

—No... No... p-puedo ir contigo... —Se disculpó cerrando los ojos para después ver al suelo.

—¿Por qué?... —Carla se siguió negando, oponiéndose a su agarre. Any no estaba ahí y lo sabía.

Cuando esa cosa que se hacía pasar por Any la abrazó, pudo ver tenuemente y de reojo el espejo que se encontraba atrás del mostrador, eso solo era una sombra alargada que no poseía ojos y que intentó arrancarle la cabeza acercándose al collar que tenía aún en el cuello, pero se arrepintió en el último momento.

Escuchó el grito de Francisco clamar su nombre y el eco que sonó por la biblioteca la hizo voltear y soltar el agarre que tenía sobre ella.

Intentó buscar a Francisco con la vista, pero, al ver que no le hacía caso, la anciana clavó sus uñas en su rostro de forma brusca dirigiendo su mirada a ella.

—Tenemos que ir con tu padre... —susurró, esta vez de forma sería, haciéndola sangrar y formando pequeñas cortadas en su cara. Carla soltó algunas lágrimas mientras apretaba las manos de la anciana y clavaba sus uñas de igual manera.

—T-tú... no eres A-Any. —Contraatacó cerrando los ojos, soportando el dolor e intentando soltarse. Any rio sonoramente y respondió cruel.

—Sí lo soy... Tú me trajiste aquí... —terminó de decir para después soltarla. La arrojó al suelo y caminó hacia la esquina de la habitación en completa oscuridad.

Cuando se levantó y pudo correr a otra parte, miró atrás observando cómo la anciana se había ido en dirección a donde estaba el espejo.

XIV

Francisco buscaba con la mirada a Carla después de perderla cuando escucharon los gritos, todo esto le recordaba a su casa cuando Mérida comenzó a tener crisis y los espejos tomaban formas raras. Entre la oscuridad vio a una chica recargada en el mostrador sin hacer ruido, corrió hacia ella, pero, al llegar, cambió completamente su físico mostrando ahora a su hermana.

—Fran... Me alegra verte de mejor forma...

El pelinegro, asustado, respiró intentando ignorarla y giró de nuevo para buscar a la chica. Sabía que Mérida no podía estar ahí, por más que estuviera arrepentido, jamás podría cambiar la forma en la que trató a su hermana.

—Te perdono...

Él paró en seco al escuchar esas palabras, las palabras con las que había soñado múltiples

ocasiones y jamás pensó volver a oír, las cuales varias veces pensó que no las merecía y con las que se veía a él tomando el lugar de su hermanastra.

—A pesar de todo... siempre fuiste un gran hermano... —Mérida extendió su mano, esperando que Francisco la tomara, y mostraba los ojos llorosos con una sonrisa temblorosa; solo lo necesitaba un poco más cerca... — Y, si pudiera volver a elegir a mi familia, tú siempre estarías dentro de ella.

El chico, con la mirada abajo, tomó su mano provocando que la sonrisa de la chica creciera, pero no la dejó avanzar, al no moverse de su lugar, y la jaló hacia él.

—Me alegra saber que Mérida no está con ustedes... —pronunció en voz baja apretando su muñeca. Ella lo vio sin expresión en el rostro—. Espero que algún día desaparezcas... Ah... Y no uses la forma de mi hermana. —Soltó para alejarse de ahí y dejarla atrás.

Mérida lo vio alejarse sin sentir nada más que rabia hacia ella. Miró hacia arriba y comenzó a llorar de enojo, se rasguñó la cara con las uñas, dejando resbalar la sangre por su barbilla, y se miró los dedos, observando el color rojo brillante.

No dolía.

Y eso no le gustaba...

Varias sombras se lograron ver en el espejo del mostrador, de donde manchas de sangre salieron disparadas ensuciando el suelo, se escucharon algunas risas más y después unos estruendos rompiendo el cristal.

Carla corrió pasando por algunos estantes y se detuvo cerca del baño de mujeres, respiró agitadamente y se forzó a guardar silencio. Rasguñó uno de sus brazos con fuerza para concentrarse en el dolor y aguantó las lágrimas, se negaba a creer lo que dijo ese ser.

Primero su padre, luego Teresa, ahora Any...

—Tu madre aguantó más... —susurraron en su oído y sintió que le faltaba al aire.

Tropezó con sus pies cayendo hacia atrás y fue atrapada por un par de manos que la pusieron detrás de sí velozmente.

—Dime... que escuchaste eso... —susurró Francisco en la oscuridad frente a ella.

Carla se aferró a él con miedo y ambos escucharon nuevas risas mezcladas entonarse al mismo tiempo. El ojiverde jaló a la chica hacia abajo al escuchar algo arrastrándose cerca de ellos, gatearon hacia un estante de libros y se ocultaron detrás de una columna, unos gritos ensordecedores inundaron el lugar provocando que ambos se cubrieran los oídos por el miedo.

Notaron cómo sus oídos sangraban y la pelinegra vio sus manos con miedo, el lugar comenzó a temblar, tirando los libros que se encontraban en los estantes altos. Las

computadoras, junto con las lámparas y los cuadros, cayeron formando un estruendo, ambos miraron a su alrededor asustados y sintieron un aire frío rodearlos, Carla miró a su alrededor y vio a lo lejos el estudio de Any cerrado.

—¡Hay una salida ahí! —gritó viendo que los libros salían volando y cubriéndose la cabeza. Francisco miró el lugar aterrado y comenzaron a correr juntos, un estante cayó cubriéndoles el camino y el chico jaló a Carla para saltar por arriba de este. Carla miró atrás y vio cómo los truenos iluminaron momentáneamente el lugar, provocando la contracción de su pupila al notar a los miembros del culto parados en medio de todo el caos en el que se encontraba el lugar.

Francisco intentó abrir la puerta de forma torpe, sus manos resbalaron por el sudor y la oscuridad del lugar, entró en pánico al no poder abrirla y, sin percatarse de lo que ocurría con la

chica, Carla puso su mano encima de la suya para ayudarlo. Entraron y cerraron rápidamente colocando el seguro.

Ambos bloquearon la puerta con sus cuerpos y esperaron algún ruido de afuera. Carla seguía sujetando el pestillo al temer que quisieran abrir la puerta o que esta empezara a moverse, se separó lentamente de ella, chocó su espalda con el pecho de Francisco y se alejó rodeando al chico.

—Son demonios, ¿no...? —dijo él, sin voz, mirando la puerta fijamente. Carla buscó la ventana pequeña que daba al exterior para poder salir y se acercó a un cajón lleno de papeles. Buscó entre todo y encontró un llavero con cinco llaves de las que resaltaban la plateada y la dorada; entre algunos documentos que quedaron afuera, pudieron ver unas cartas viejas y amarillentas en otro idioma, Francisco tomó una de ellas y reconoció el idioma latín al leer y observar la primera palabra.

Speculum.

—Espejo... —murmuró extrañado, abriendo los ojos y notando el dibujo de un espejo grande con sombras aferrándose de los bordes y pegando sus palmas en el cristal, se podían visualizar siluetas humanoides con las bocas completamente abiertas, como si estuvieran profiriendo un grito desesperado, era un espejo donde te podías ver de cuerpo completo, de acuerdo a la comparación con otros objetos en el fondo. Miró hacia abajo con una gota de sudor frío resbalándole de la sien, recogió otra carta donde pudo ver un collar pequeño dentro de una caja de cristal, en este el reflejo del cristal era opaco por el color negro con el que lo habían dibujado, miró la espalda de Carla y notó cómo ella intentaba buscar la llave correcta para abrir otra puerta donde seguramente se encontraría el baño.

El collar del dibujo era el que Mérida alguna vez buscó con todas sus fuerzas y el que Carla trajo consigo todo el tiempo.

Las palabras estaban borrosas, pero pudo entender algunas oraciones gracias al final.

Se llevó con éxito la transferencia de recipiente.

Tomó las demás hojas en desorden y las observó, en una se encontraba una mujer con las manos en el rostro llorando y mirando un espejo en la pared, mientras se lograba apreciar su reflejo sacando una mano del cristal que intentaba tocarla; en otro papel se veían en círculo a varias personas vestidas de rojo inclinándose ante un espejo grande en medio del bosque, la mujer que antes se encontraba llorando ahora estaba sentada con una persona muerta en sus pies mientras veía el cuchillo lleno de sangre a su lado.

Vio con pena la que debía ser la primera imagen, en esta se veían a varios amigos riendo

en una habitación colorida mientras uno de ellos ponía un espejo de mano en el rostro de la chica que reía cubriéndose la boca, acercó el dibujo más a él logrando ver sombras con sonrisas torcidas difuminadas en el cristal, en otra imagen se pudo apreciar cómo entraban cientos de arañas pequeñas en la boca de la chica mientras dormía.

En otra carta, ahora era un chico la víctima, en ella se veía a este con una mochila gigante en medio del bosque agacharse para ver un espejo enterrado, el cristal estaba sucio y roto, pero no logró ver sombras, solo pudo notar la suciedad de la tierra impregnarse en los dedos del chico; en una hoja después se veía al chico caminando por una calle transitada mientras parecía chiflar y seguir con normalidad.

En la esquina de la hoja se pudo apreciar “sujeto común” escrito con tinta roja y letras grandes.

—¡Francisco! —Dejó las hojas en la mesa de madera viendo a la chica algo perdido—. No puedo abrir la ventana... Y aunque podamos abrirla no vamos a caber. —Confesó cerrando la puerta del baño detrás de ella y evitando verlo a los ojos.

Francisco dejó caer los dibujos en el escritorio y se encaminó hacia la chica, provocando que uno cayera boca abajo, si lo hubiera visto lo habría reconocido, se trataba de una sala donde se apreciaban sombras en todo el cuarto, pero esta vez no estaban gritando, se veían calmadas y quietas.

Era el cuarto en el que estaban.

XV

Carla pensó en otra manera de salir, no fue una alucinación lo que vio durante el relámpago, y ya no se sentía segura respecto a los demonios de los espejos, sintió una corriente de aire chocar contra su brazo y miró a donde salió, vio la pared de madera artificial y le dio unos pequeños golpes.

Era hueca.

—¿Qué haces? —preguntó Francisco tocando la pared con la yema de sus dedos, dio unos ligeros golpes y pegó su oído a esta, solo podía escucharse el sonido de algunas velas encendidas quemándose.

—Sujeta la otra esquina, la empujamos al mismo tiempo. —Demandó Carla colocando ambas manos en la esquina derecha, el chico siguió sus indicaciones sintiendo cómo la pared se movía un poco y empleó más fuerza. Ambos

empujaron más y tropezaron al mismo tiempo cuando la pared se removió por completo, Carla observó un pasillo oscuro con velas que al final mostraba unas escaleras en forma de caracol que bajaban.

Pasó una de sus manos por el muro sintiendo la suciedad y las telarañas pegarse a ella.

—¿Siempre ha estado aquí? —Sacudió su mano contra su ropa sintiéndose traicionada—. N-no lo entiendo... ¿Por qué carajos tendría algo así? —Era cierto que fueron nulas las veces en que había entrado aquí, Any siempre mantenía la puerta cerrada porque tenía documentos importantes y algo de dinero, no quería arriesgarse a que un cliente curioso entrara para ver qué se encontraba.

O al menos eso siempre le decía cuando le reprochaba su falta de confianza.

Francisco asomó su cabeza en el borde de las escaleras, escucharon un golpe en la puerta

del estudio de Any y después susurros, parecían hablar de forma baja, pero no se acercaban.

—¡Tenemos que irnos! —Francisco jaló a Carla y empezaron a bajar por las escaleras al no ver otro camino, ella lo miró con pánico en sus ojos intentando soltarse.

—No... Espera... espera. —Se negó frenéticamente, deteniéndolo y tomándolo del brazo—. Q-quieren arrinconarnos... Tenemos que... —Su voz se quebró y buscó algo con lo que defenderse.

¡Es una trampa!, gritó su cerebro inquieto intentando ver el modo de escapar, Francisco la miró alarmado, recordando los dibujos que había dejado en el escritorio, respiró inquieto y le dio la razón internamente. Pero ¿qué otra cosa podría hacer? No podían volver, solo les quedaba avanzar y rezar por un método de escape abajo.

¿Nos suicidamos?

Ese pensamiento llegó a él velozmente al recordar el video de su hermana soltándose del tubo del que estaba agarrada.

Matarse antes de que ellos los maten... No.

No puede llegar a ese nivel... Porque aún estaban vivos y tenían oportunidad de escapar, él no iba a permitir que Carla muriera en un lugar así. No podía ver una muerte más.

—Vamos a salir ambos de aquí... Te lo prometo. —Sujetó ambas manos y las cobijó entre las suyas, dándole seguridad en sus palabras, ella dudó y sintió sus ojos cristalizarse de nuevo; él sonrió levemente al verla.

Apenas la conozco y ya vi su lado vulnerable más de una vez.

Bajó las escaleras sin soltarle la mano, ambos sintieron su estómago revolverse al sentir un calor abrasador al final de la escalera, el chico le dio una ligera caricia con su pulgar tranquilizándola para soltarse y entrar primero.

Vieron la zona vacía, con un silencio sepulcral, al entrar por la puerta; las velas iluminaban lo suficiente para ver el suelo y sus rostros, lo primero que notaron fue el olor a humedad, Francisco cubrió su nariz y Carla continuó viendo e ignorando la peste, después de que metiera las manos en una bolsa llena de sangre, no le parecía tan desagradable.

Parecía una cabaña abandonada, Francisco empezó a inspeccionar el lugar. Si las velas estaban prendidas, quería decir que alguien bajaría por la puerta en cualquier momento. Notó a Carla mirar impactada hacia arriba, él retrocedió para observar mejor: se trataba de la estatua de una persona sentada con un espejo gigante entre sus piernas, Francisco tembló al notar que era el del dibujo de la chica llorando.

—¿Les gusta? —una voz resonó provocando un eco y el anciano salió del pasillo por donde entraron.

—Podría ser mejor, pero nos conformamos con esto. —Rio ligeramente. Notaron que era el más viejo de la casa de donde escaparon, Carla lo vio con rabia contenida, recordando cómo la inmovilizó para obligarla a ver el collar.

—Oh... ¿sigues molesta conmigo? Puedes ser como yo, soy el más viejo de todos. ¿Sabes?, solo necesitas aceptarlo. ¡Y él te eligió! —dijo mirándose en el espejo y tocando su rostro—. Si haces tratos con ellos, te pueden dejar cierta libertad, también ayudan a que tu vida mejore y tengas... más conciencia sobre el mundo que nos rodea. —Sacó de entre su pantalón una pistola y jugó con ella, esto puso tensos a ambos chicos, quienes se miraron al mismo tiempo—. Un regalo así no se desperdicia, ¿no crees?

Carla notó cómo esperaba su respuesta, se puso recta e intentó poner firmeza en su voz.

—Un regalo... Un jodido regalo. —Rio con amargura, limpiando una de sus lágrimas—. ¡No

me importa! ¡Yo *nunca* quise esto! —Descargó su ira contra él sin medir las consecuencias—. ¡Así que llévate esas porquerías de mi vista! ¡Y déjanos en paz!

Un disparo a su derecha la hizo cubrir su cabeza, agachándose levemente y, sintiendo sus oídos zumbiar, observó a Francisco cubriéndose los oídos y en cuclillas.

Fue una advertencia.

—No voy a permitir que les hables de ese modo —habló apuntándole a la chica directamente y de forma seria—. ¿Crees que YO quiero esto? —Escupió con veneno, mirándola asqueado—. Claro que no... Te lo dije, ellos deben de elegir su recipiente. —Hizo un movimiento circular en su cabeza con la pistola—. Y el collar que tenías... era el único objeto con el poder de resguardar a más de un demonio.

Francisco palpó levemente en su pantalón los cristales que había recogido cuando Carla arrojó

el collar, pensó que serían importantes para algo así; ella, por otro lado, descubrió su importancia dentro del juego y era hora de mover sus piezas en el tablero.

—Ah... entonces todo lo que te digan... ¿lo tienes que cumplir? —Su voz tembló a media oración, maldiciéndose por eso—. Y mírate... ¿tan patético te sentiste al habernos dejado ir en la casa de Vanesa que ahora quieres retomar tu lugar enfrentándote a dos niños con una pistola de juguete? —Lo señaló burlona con ambas manos.

—Créeme, no necesito eso para estar en la cima... Pero sí, tienes razón, lo que él mande se tiene que cumplir y desafortunadamente... —apuntó esta vez a Francisco— a quien eligió fue a ti... tu mamá prefirió ser una cobarde al igual que esa niña Mérida, no aceptaron los regalos divinos que se les dieron. —Se carcajeó victorioso, mientras Carla sudaba y empezaba a

perder la compostura—. Ahora mirarás el espejo sin trucos esta vez... O si no... mataré a tu novio. —Terminó mirándola furioso—. Oh... y gracias por liberar a mis niños, solo alguien elegido por el espejo podría romperlo.

Francisco se movió del lugar donde estaba, logrando acercarse al anciano para quitarle el arma, él se dio cuenta y disparó automáticamente, pasando cerca de sus costillas. Logró apartarse del camino de la bala lanzándose hacia el anciano y forcejeando con la pistola. Carla cubrió sus oídos al escuchar los pasos rápidos de personas encaminarse hacia ellos, corrió hacia la puerta y la cerró con el seguro de metal oxidado que tenía.

—¡Carla! ¡Corre! —exclamó Francisco, perdiendo las fuerzas y escuchando los golpes en la puerta queriendo entrar—. ¡AHORA! —gritó con fuerza, separándose del anciano un momento para intentar derrumbarlo.

Carla corrió hacia la estatua y vio un agujero hacia el exterior, escuchó el sonido de dos disparos seguidos y volteó hacia atrás horrorizada.

Francisco tenía una gran mancha en el estómago y escupió sangre al toser, el anciano se encontraba tirado en el suelo, sobre un charco de su propia sangre, el chico pelinegro se apresuró a correr y la tomó de la mano al oír la madera de la puerta quebrarse.

—Vas a correr... Estos son los fragmentos del collar que pude encontrar... Estoy seguro de que sabrás arreglarlo. —Tosió cubriéndose con el antebrazo y se los entregó en la mano.

Giró para volver, pero Carla se quedó congelada.

—¡Espera!

Francisco la miró desesperado.

—¡Tienes que irte! ¡Yo te daré tiempo!

Ella se negó, sintió un abrazo desesperado por parte del chico y un beso en los labios

mientras la empujaba para que avanzara, cargó el arma sin verla y comenzó a correr.

Carla lloró desesperada y lo miró irse, pero siguió avanzando, subiendo con dificultad hacia el agujero, escuchó algunos disparos entonarse, volteó sin poder evitarlo y vio a Francisco oculto detrás de una columna, se obligó a subir encontrándose de frente con el espejo original que causó todo eso.

Salió entre escombros y varillas, rasgándose la ropa, lastimada del cuerpo, se aferró a una piedra en la parte superior, donde vio otro lugar diferente a la biblioteca, intentó controlar su corazón sujetando sus manos y se mordió los labios recordando a todas las personas que tuvo que perder para poder estar en ese lugar.

Sintió cosquillas en su barbilla y abrió los ojos aterrada al ver pequeñas arañas negras entrar por su boca cuando intentó gritar sin que pudiera evitarlo, vomitó con asco sobre el

pasto y se limpió la comisura de los labios con su manga. Miró el suelo, escarbó desesperadamente y colocó los cristales para cubrirlos con tierra. Cuando terminó, se dejó caer al suelo para dejar escapar un grito doloroso.

Otros títulos

La piel que se escabulle
Michelle Gómez Álvarez

El polvo de la muerte
Salim Leonardo Moranchel Contreras

El crimen de Mariana Jobs
Mileth Patiño Ensastegui

El sueño eterno
Xavier Haller

Nostalgia hermética
Ariel Figueroa Gómez

Con una madurez imprevista, *El reflejo del alma* se tensa y se mantiene en un suspenso que deja al lector con ganas de seguir en vilo de esa cuerda floja tejida con los hilos del horror, el desasosiego y el sobresalto, atizados por la agilidad de sus personajes.

Heber Quijano

Morales Nájera, a través de las líneas que se estampan en *El reflejo del alma*, quiere convencer al posible lector de que se adentre en el libro que husmea. La autora es el agujero de la cerradura por el que se vislumbra el texto. Señala, en la brevedad y con un lenguaje divertido, el valor de la obra, una breve novela en donde se viven algunas aventuras. “No tenía nada que hacer en su casa, había terminado todos los deberes de la escuela y estaba aburrida, por esa razón se ofreció para ir a la tienda a ver qué podía hallar o comprarse en el camino, pateó una piedra que se encontraba en el camino, sujetó la orilla de su gorra y la ajustó para que las gotas de lluvia no cayeran sobre ella”... y así comienzan las andanzas de Carla.

Roberto C. Quezada

SDC

195 Años 
de la Fundación del Instituto Literario
del Estado de México